

JOSE ACEVEDO I GOMEZ.

Por las Señoras J. A. de E.

—
BOGOTÁ,
—
IMPRENTA DE PIZANO I PIREZ.

1860.



“ACEVEDO proclamó traidor (el 20 de julio de 1810) al que saliese de la sala sin dejar instalada la Junta. ¡Quién sabe si a esta vigorosa resistencia se debe nuestra libertad!—NO DEBE OLVIDAR LA PATRIA que ACEVEDO fué el que primero arengó al pueblò cuando nuestros opresores estaban en el Solio i empuñaban la espada: él esplicó varios derechos sagrados del pueblo i dijo:—*Si perdeis este momento de efervescencia i de calor, si dejais escapar esta ocasion unica i feliz, antes de doce horas sereis tratados como insurjentes:—ved* (señalando las cárceles) *los calabozos, los grillos i las cadenas que os esperan.*”

FRANCISCO JOSE DE CALDAS.

(Diario político, número de 31 de agosto de 1810.)



DECRETO.

(DE 17 DE MAYO DE 1850.)

En honor a la memoria del Ciudadano José Acevedo i Gómez.

EL SENADO I CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA NUEVA GRANADA, REUNIDOS
EN CONGRESO,

DECRETAN:

Art. 1.º La Nueva Granada registra con honor entre los próceres de la Independencia nacional, el nombre del Ciudadano JOSÉ ACEVEDO I GÓMEZ.

Art. 2.º El busto de este distinguido granadino será colocado en el salón de la Casa consistorial de la capital de la República, con esta inscripción:

ACEVEDO GOMEZ,

TRIBUNO DEL PUEBLO

EL DIA 20 DE JULIO DE 1810.

LA PATRIA AGRADECIDA.

.....

CUADRO OCTAVO.

La vida de un hombre

—♦♦♦—
Santafé

I.

~~LA VIDA DE UN HOMBRE.~~

Santafé! Este nombre es mui querido; encierra muchos recuerdos para los habitantes ancianos de la antigua capital del virreinato de la Nueva Granada. Santafé! ¡Cuántos viejos darian el resto amado de su achacosa vida i por añadidura la de tres o cuatro de sus hijos i nietos, porque existiera Santafé tal como era ántes del año de 1810! Acaso tendrian razon, i yo por mi parte no quiero que se olvide lo que fué en otro tiempo el pais de mi nacimiento.

Esta ciudad, fundada hace mas de tres siglos por Gonzalo Jiménez de Quezada, se asegura que tenia cerca de 40,000 habitantes en el año de 1810. Sus casas, solidamente construidas, ofrecian espacio i comodidad a los que moraban en ellas, lo que segun la opinion de muchos puede valer tanto como lo que se llama elegancia i buen gusto moderno. Macizos balcones, en cuya formacion no se habia economizado la madera; gruesas ventanas guarnecidas con espesas celosías que daban escasa entrada a la luz i al aire que circulaba por espaciosas salas colgadas de un papel lustroso en donde ordinariamente se representaban paisajes i flores; altos i duros canapes con cerco dorado forrados en filipichin o damasco de lana o seda, cuyas patas figuraban la mano de un leon empuñando una bola; cuadros de santos con anchos marcos labrados i sobredorados i algunos retratos de familia, al oleo, ejecutados por Figueroa i colocados lo mas cerca del techo que era posible; enormes arañas de cristal; mesas pesadas con caprichosos recortes; cómodas barnizadas de negro con tiraderas doradas; escritorios con

cien cajones embutidos de carci i concha de perla ; enormes camas con espesas cortinas de lana o algodón, que corrian sobre varillas de hierro produciendo un ruido agudo i metálico ; espejos ovalados colgados oblicuamente sobre las paredes, i sillas de brazos altos, forradas en terciopelo o damasco, cuya clavazon hacia comunmente un dibujo poco variado. Tales eran los adornos comunes de la mayor parte de las casas de los nobles santafereños. No es esto decir que no hubiera habitaciones invadidas por modas mas modernas, paredes adornadas con láminas de esquisito gusto, muebles mas elegantes i lijeros, i balcones i ventanas de hierro con delgados balaustres que daban entrada libre al aire i a la luz ; asientos ménos altos i mas blandos, camas de diversas formas con blancas colgaduras de muselina recojidas con grandes i vistosos lazos de cinta encarnada o celeste. Pero aquí no se trata de las escepciones, porque en tal caso este cuadro no tendria fin. En cuanto a las costumbres, eran cristianas, pacíficas i decorosas, salvo tambien las escepciones que no dejan de ser abundantes en la grande poblacion de una ciudad que es capital de un estenso i rico vireinato, que encierra, aunque en menor escala, los mismos elementos para el mal que se encuentran en Roma, en Paris, en Lóndres, en Madrid i en todas las viejas capitales de la civilizada Europa. Los santafereños oían misa todos los dias i despues se ocupaban de su almuerzo i de sus negocios. Comian de las doce a la una del dia, i durante las horas de sus comidas hacían cerrar cuidadosamente las puertas de sus casas. Por la tarde paseaban por la Alameda o el Aserrío, i a la oracion se retiraban a sus casas a *refrescar* dulce i chocolate (órden en que se servía entónces este refresco i que despues se ha invertido con escándalo de los amantes de los antiguos usos). Luego se rezaba el rosario, se hacia o recibia alguna visita o se conversaba en familia hasta las 9 o 10 de la noche, hora ordinaria de la cena. Despachada esta, que era siempre abundante, se acostaban los buenos santafereños a dormir con tranquilidad para recorrer al dia siguiente un círculo ignal de quehaceres, paseos, comidas i conversaciones. El domingo era otra cosa ; aquel dia se almorzaba precisamente *tumales*. El padre de familia visitaba i era visitado ; la madre se adornaba para ir donde las señoras de la alta aristocracia española, es decir, las esposas de los empleados públicos. Los criados i los niños iban por la tarde al Guarrus de las Aguas o de

Fucha, i casi todo lo mejor de la poblacion paseaba por San Victorino, donde se veían pasar los tres únicos coches que habia en la ciudad, a saber: el del virei, el del arzobispo i el de la familia Lozano, llamado comunmente el de las Jerezanas. Algunas piezas dramáticas, casi siempre mal ejecutadas, uno que otro baile en que figuraban la compasada contradanza, el grave minuet, la fria alemanda, el elegante i gracioso bolero, i por remate, en casos de buen humor, el alegre senipianito; una que otra reunion de amigos en que se jugaba ropilla i las anuales fiestas de Ejipto i San Diego, en que se cenaba abundantemente i se jugaba con escándalo al pasadiez i al bisbis, tales eran las diversiones ordinarias de los hijos de la capital. Mas, en circunstancias notables, en los dias grandes i de larga recordacion, habia fiestas reales, es decir, una misa solemne con *Te Deum* i asistencia del virei i los tribunales, cuadrillas ecuestres a imitacion de los juegos árabes, carreras de sortija, corridas de toros, salvas de artillería, besamanos o visita de ceremonia en casa del virei, i dos o tres bailes de *tono* en que no dejaban de ostentarse lujosos trajes bordados de oro i magníficos uniformes de oficiales reales i de coroneles en guarnicion, bailes, en verdad, mas apropósito que los de ahora para lucir las damas su ajilidad, airosos movimientos, fino oido, paso acompasado i gracioso, que en el perpetuo brincadito a la indijena i en los trotes i carreras fatigantes de nuestros dias. Pero sigamos. Todas estas funciones nocturnas se terminaban por un suntuoso i abundante ambigú, en que hacia sus habilidades de repostero algun liberto de *casa grande* que vestia tambien en estas ocasiones una gran casaca azul forrada con tafetan blanco. Pero ;cuáles eran estas ocasiones singulares solemnizadas con tales fiestas? Voi a decirlo: cuando llegaba un nuevo virei, cuando se publicaba la Bula de la Santa Cruzada, cuando nacia un príncipe o se casaba una infanta de España. Habia tambien solemne funcion relijiosa i lúgubre cuando moria un Pontífice o algun individuo de la real casa de Borbon. Así, todas nuestras esperanzas i alegrías, todos nuestros duelos i regocijos nos venian del otro lado del Océano. ;Nada era nacional para nosotros! Hasta las telas i alimentos se llamaban de *Castilla* cuando tenian alguna superioridad. De allá nos venian los vireyes, los oidores, los empleados de hacienda, los canónigos, los alcaldes i los soldados. De allá recibíamos las ropas i tambien los víveres que no produce

el país. De allá nos venían las indulgencias, las reliquias, la salvación del alma. ¡ Pobres colonos! Nada teníamos! ¡ Ni aun el sentimiento del amor patrio que había dormido trescientos años en nuestros fríos i esclavizados corazones!

II.

LOS VERDADEROS PATRIOTAS I DON JOSE ACEVEDO.

Había en la capital algunos establecimientos públicos, un observatorio astronómico, un jardín botánico, varios conventos de hombres, cinco de mujeres, un hospital de caridad muy bien dotado, hospicio i casa de espósitos. Tenía también una Universidad i dos Colegios donde se enseñaba latín i algunos otros ramos de instrucción, siempre dirigidos según el sistema colonial, siempre bajo la vigilancia de la santa Inquisición que, como era natural, mantenía algunos empleados suyos en la capital del virreinato. Varios hombres dotados de talento i virtudes, hijos de Santafé i de las provincias, habían hecho sus estudios en estos colegios i recibido sus grados en la Universidad. El espíritu de paisanaje, la identidad de suerte, la semejanza de educación, hacían que estos granadinos estuviesen ligados con lazos de amistad mas o ménos estrechos. Entre ellos se hablaba frecuentemente de la asombrosa revolución de Francia, de este acontecimiento extraordinario cuyas consecuencias debían abarcar al mundo entero. Mas, para discutir sobre tales asuntos, los amigos se reunían con sigilo, evitaban la presencia de un español i temían un denuncia que infaliblemente habría dado origen a una persecución. Admiraban en secreto los discursos de Mirabeau i las hazañas de los ejércitos de la gran República venciendo la formidable coalición de todos los déspotas europeos. Condenaban a solas los abusos del poder, i en voz baja pronunciaban la dulce palabra *Libertad*. Lozano, Herrera, Caicedo, Gutiérrez, Moráles i otros hijos de la capital; Tórres, Restrepo, Córdas, Benítez, Castillo i otros muchos provincianos de un mérito sobresaliente, se penetraban en estas conversaciones del amor sagrado de la Patria i bullían en sus nobles pechos el deseo mas ardiente de la independencia i la gloria de la América. El ejemplo de los Estados Unidos del Norte escitaba su entusiasmo, i el nom-

bre inmortal de Jorje Washington, despertando su admiracion, daba a sus almas un temple heroico capaz de arros-trar los mayores peligros i de encargarse de las mas árduas empresas. Habia entre estos ilustres granadinos un hombre de 35 años de edad, de noble sangre, bella presencia, modales insinuantes i una imaginacion viva i ardiente. Su fortuna era considerable i su instruccion bastante, ape-sar de no haber recibido la educacion de los colejios. Sus amigos lo amaban por su jeneroso carácter, por su je-nial franqueza, su despejado talento, su ánimo arrojado i su natural e impetuosa elocuencia. Este era don José ACEVEDO I GÓMEZ: incansable cuando se trataba de ar-reglar un plan grandioso de libertad, los mas distingui-dos i sabios entre sus paisanos no desdeñaban oir sus opiniones, atender sus avisos i seguir muchas veces los consejos del patriota ciudadano. Poco a poco esas frecuen-tes reuniones produjeron una resolucion firme i unánime de sacudir el yugo extranjero, i entónces el elocuente i vir-tuoso Torres elevó a las Córtes españolas un manifiesto lleno de verdad i enerjía, en que pintaba la abyeccion de su patria i hacia presentes los derechos de los americanos. Mas, esto no bastaba. Los déspotas oyen rara vez las recla-maciones de aquellos que miran como a esclavos, i los pue-blos de este inmenso continente parecian condenados a per-petua servidumbre por el arbitrario i decrépito gobierno peninsular.

Acevedo tenia una esposa digna de él i era padre de una numerosa familia. Una noche, despues de que sus hijos i criados estuvieron sepultados en el mas profundo sueño, este exaltado patriota llamó aparte a su esposa i tuvo con ella, poco mas o ménos, la siguiente conversacion:—“Amiga mía, un suceso importante se acerca. Mi vida, mi fortuna, el porvenir de mis hijos, todo va a esponerse. ¿Tendrás va-lor para soportar el infortunio, si la suerte me es contraria? —No te entiendo, replicó ella, i deseo saber de qué se trata. En cuanto a mi valor i consagracion a tu persona, no debes tener dudas— Bien, continuó Acevedo, yo cuento con-tigo para mi consuelo i con la buena estrella de la Améri-ca para el éxito feliz de nuestros planes. Se trata de rom-per nuestras cadenas i dar libertad a la patria— He com-prendido esto, replicó la esposa, por lo poco que he oido de tus conversaciones con tus amigos. Pero ¿con qué me-dios cuentan ustedes para llevar a cabo tan grande empre-

sa? Los americanos no tienen ejército, armas, ni dinero. Los empleados son todos españoles; los pueblos aman esta servidumbre a que están habituados i nada mejor conocen ni desean; el clero en jeneral es monarquista, gusta de sus pacíficas ocupaciones i aborrecerá las ideas revolucionarias que en Francia le quitaron su riqueza i su influjo; i yo no podré creer que una transformación tan grandiosa se llegue a efectuar con tales elementos — Te engañas, amiga mía, dijo el caballero. Cuando los pueblos llegan a comprender que son esclavos i que se les quiere hacer libres, su entusiasmo suple a las armas i a los ejércitos. El dinero que se necesita lo daremos nosotros sacrificando toda nuestra fortuna en el altar de la patria. Los empleados españoles serán ménos respetados cuando levantemos el velo que cubre sus abusos e iniquidades. El pueblo bajo es siempre un instrumento que nosotros manejaremos en bien i provecho de la causa de la libertad, i el clero realista callará cuando se persuada de su impotencia, cuando vea que aquí no se trata del culto de la razon, ni de ateismo, ni de los desbarros de la revolucion francesa. Ademas, contamos con eminentes apoyos entre los sacerdotes; Caicedo, Rosillo, Estéves, Padilla i otros muchos eclesiásticos respetables e ilustrados están de acuerdo con nosotros. La opinion pública no podrá contenerse dentro de poco tiempo. Esa Francia que tanto se ha estraviado i sobre cuyo suelo ha corrido por arroyos la sangre de sus hijos, esa Francia hoi esclavizada de nuevo bajo el yugo militar del mas atrevido, feliz i valiente de los déspotas, esa nacion que se nos mandaba odiar por impía i revolucionaria i que es sin embargo la mas magnánima e ilustrada del orbe, es la que nos ha enviado una luz brillante, que iluminando el abismo de nuestra ignominiosa servidumbre nos ha dejado ver ya minados i vacilantes los cimientos de la dominacion española. I el Norte-América proclamando su libertad, desconociendo despues de siglos de servidumbre al Gobierno británico, asegurando su independencia, lidiando con tezon hasta obtener el triunfo i constituyéndose despues a la faz de las naciones, con regularidad i brio, nos ha ofrecido un digno modelo i nos ha comunicado este soplo de libertad que ajita nuestros pechos, alienta nuestro espíritu i vivifica todo nuestro sér. No lo dudes, esposa mía, seremos libres o sabremos morir. Pero en este caso, a nuestras viudas toca conservar en el alma de nuestros hijos este jérmén de libertad que nosotros

vamos a sembrar. ¿Me prometes inculcar estas ideas en nuestros hijos i enseñarlos a preferir la dignidad de hombres a cuantas ventajas i conveniencias pudieran prometerse bajo el yugo colonial? — Sí, te lo ofrezco, contestó la noble granadina. Pero, dime ¿cuándo será el día en que estalle esta asombrosa revolucion! — Nada sabemos, repuso Acevedo. La mina está próxima a reventar, pero se ignora quién i cuándo le acereará la mecha encendida. Muchas conferencias hemos tenido los patriotas i mil pareceres contradictorios se han emitido en nuestras juntas. El fogoso Carbonell queria un golpe atrevido; Lozano ha aconsejado proposiciones al virrei; Tórres quiere que se pidan terminantes i prontas esplicaciones al Gobierno español; Herrera aconsejaba una asonada ruidosa que intimidase a los gobernantes i que en caso de correr la sangre de estos, se mirase este hecho como un castigo ejemplar i una justa venganza; Benítez quiere que se indague con mas atencion la opinion pública, i no falta quien aconseje un sangriento atentado. En fin, casi todos hemos discordado en los medios, pero nuestro objeto es el mismo — ¿I tú crees, le dijo su esposa, que el Gobierno no oponga resistencia? — ¡Imposible! ¡Duermen tranquilos confiados en la abyeccion americana! Al decir esto, la blanca frente de Acevedo se arrugó, sus cejas se arquearon i sus ojos despidieron una luz amenazante. Sí, continuó, confian en nuestra imbécil sumision i apénas piensan en afilar las tijeras para esquilarnos — I son muchos los conspiradores? preguntó la señora — ¡No les des ese nombre! exclamó Acevedo. Los patriotas somos muchísimos; todo hombre de la capital o de las provincias que tiene algun talento, la mas superficial instruccion o valor en su pecho, está pronto a colocarse bajo el estandarte de la libertad. Tenemos ganado mucho pueblo con nuestrâs prodigalidades, i los venerables eclesiásticos nos ayudan con eficacia i buen suceso — ¿I qué hacer, preguntó la señora, si entre tantos iniciados resulta algun traïdor? — Qué niñería! replicó el caballero. Cuando se trata de recobrar la dignidad de hombres, la libertad nacional, los derechos naturales, la gloria i el honor de que nos han privado codiciosos i altivos extranjeros, todos son leales, porque esta causa es bella i gloriosa i porque cada uno combate en ella por reconquistar un derecho individual. Por otra parte, cada uno sabe solamente lo que debe saber del gran secreto; i porque, añadió con un jesto inde-

finible de burla i seguridad, contamos tambien, segun dice Lozano, con el carácter frívolo, novelero e insustancial que se atribuye a los santafereños. Cualquiera novedad los enamora, atrae i entusiasmo, i una mudanza de gobierno es una novedad. Aprovechando con habilidad estos primeros momentos de exaltacion patriótica, se logra el éxito en la capital, i los demas pueblos asombrados o arrastrados por el acontecimiento, siguen sin vacilar el ejemplo que se les presenta. Várgas teme que se irrite al pueblo de esta ciudad, porque, dice él, que cuanto mas ligero parece un pueblo, mas ardiente es para arrojarse a la lid, i que el populacho de las grandes ciudades es furioso cuando desencadenado una vez se resuelve a romper por sí mismo los ídolos que ántes adoraba. Mas, Camacho, Tórres, Caicedo i Gutiérrez responden por el pueblo de Santafé, i aseguran que este pueblo no ensangrentará su triunfo. Despues de hecho aquí el pronunciamiento, de nada les servirá a los cobardes o serviles suspirar por las antiguas cadenas. Sí, amiga mía, vuelvo a repetirlo, seremos libres o pereceremos para ser algun dia vengados por nuestros hijos, porque una vez prendida esta chispa en los corazones americanos, nadie podrá estinguirla— Bien, replicó la matrona, yo lo creo todo, i oraré por el buen resultado de tan hermosa empresa. Pero, mira, José. . . . procura que no se derrame sangre.” Acevedo hizo una caricia a su esposa, la encargó varias cosas relativas al gran proyecto i recomendándole el secreto, fué a unirse con sus amigos en la casa de uno de ellos.

III.

LA REVOLUCION I EL VETERANO.

Dos dias despues de la conversacion que acabamos de referir, entró Acevedo mui ajitado i dijo a su mujer: se ha trabado ya la refriega. En la calle real hai un tumulto espantoso de resultas de un insulto hecho por un español a uno de nuestros paisanos. De una i otra parte se han proferido espresiones fuertes, injurias i amenazas. El pueblo se commueve i ya brama la borrasca que parece inevitable. He venido a echar algunas onzas en el bolsillo, porque el dinero es una palanca poderosa en cualquier caso. Te advierto tambien que hagas ensillar mi caballo i que

haya en casa abundantemente qué comer, por si los amigos de fuera llegan i lo necesitan — Sí, dijo la señora, i en cuanto a lo del caballo me parece importante, pues tendrás modo de escapar en caso de mal éxito — No, yo no huiré! ya tenemos todos nosotros señalado el lugar a dónde hemos de ir si encalla aquí el proyecto. Volaremos a las provincias i allí exaltaremos los ánimos, despertaremos el amor de la libertad i encenderemos la centella inextinguible del entusiasmo nacional. Como las provincias no tienen a la vista al virei, la audiencia i los uniformes, se arrojarán a la empresa sin temor i con mas denuedo. Una vez pronunciadas ellas, no podremos retroceder, i la capital tendrá que seguir el impulso jeneral. No dudes, esposa mia, que estos servidores de un poder tiránico son cobardes i no harán resistencia. Ya nos han dado muestras de su valor en una ocasion solemne.” Todo esto lo decia Acevedo con rapidez, miéntras llenaba sus bolsillos de oro i plata i echaba sobre sus hombros una gran capa bajo la cual ocultaba sus armas. No perdamos tiempo, añadió, dame un vaso de vino i ruega a Dios por el suceso favorable de esta empresa.” Luego que él se retiró, su esposa hizo ensillar el caballo, preparó una muda de ropa i guardó en lugar seguro los papeles importantes de Acevedo i las alhajas de mas valor que poseía.

Ajitada estuvo la capital miéntras se consumó aquella grandiosa e imponente revolucion que debia hacer independientes tantos pueblos heróicos i dar en espectáculo al mundo las gloriosas hazañas que inmortalizaron la guerra de la independencia. No es de nuestro intento relatar aquí aquel noble pronunciamiento, ni bosquejar siquiera las acciones, los discursos i los sacrificios hechos por los ilustres caudillos del 20 de julio de 1810. Magnífico es este cuadro, pero ya está trazado con vivos i verídicos colores por el sábio i malogrado Córdas, escritor contemporáneo i patriota distinguido. Otras plumas igualmente capaces han continuado i habrán de detallar i esclarecer mas i mas la relacion histórica de un hecho que nos ha dado independencia i nacionalidad i que marca el punto de partida para lograr el progreso i felicidad de estas ricas comarcas. La relacion fiel e imparcial de la revolucion del 20 de julio i de la guerra de la independencia, deberia ponerse en manos de nuestros hijos i ser su primer estudio despues de la relijion i la moral; porque ciertamente, despues del conocimiento de

Dios i de nuestros deberes ácia él i ácia el prójimo ¿qué cosa hai mas bella, mas interesante, mas capaz de engrandecer el alma que el amor de la patria i de la libertad?

Pero volvamos a nuestra historia. Acevedo no durmió, no reposó durante aquellos cuatro memorables dias. Las facultades de su alma, su elocuencia * i su salud parecian a cada instante mas vigorosas. El visitaba los cuarteles, las casas de sus amigos, la plaza principal i las tiendas de los artesanos, sin desamparar en los momentos críticos la Junta donde se discutian las mas graves cuestiones i el balcon que daba a la plaza desde el cual arengaba con brio i aplauso jeneral al inmenso concurso que allí estaba permanente. Amable, insinuante, jeneroso hasta la prodigalidad, no daba paso alguno que no fuera coronado del mas feliz suceso. Por fin se consumó sin efusion de sangre esta memorable transformacion, en que cada uno de los americanos comprometidos llevó a un grado sublime las virtudes republicanas, i en que, salvo mui cortas escepciones, todos llenaron sus deberes con pureza, desinteres i valor. Acevedo se consagró al sostenimiento de la santa causa que habia abrazado, al alivio i socorro de los infelices i a la educacion de su tierna familia. El mayor de sus hijos llamado Pedro, contaba apénas once años en aquella época gloriosa. Mas, superior a su edad por sus talentos, su aprovechamiento i sus virtudes, era el orgullo i la delicia de sus padres. La mengua que sufrieron los intereses de Acevedo a causa de la revolucion i de los tristes acontecimientos políticos que se sucedieron, obligaron a este buen padre a separar a su hijo del colejio en que hacia sus estudios de una manera distinguida i provechosa—“Hijo mio, le dijo un dia, debes renunciar a la carrera literaria a que te llamaban tu capacidad i jenio pacífico, porque la voz de la patria te señala otro puesto en que podrás serle mas útil. La discordia ha soplado entre nosotros, i difícilmente podremos ahogarla i cimentar un gobierno republicano, justo i bien constituido, sino destruimos ántes las huéstes formidables de los opresores de nuestro suelo. Tú eres aún mui niño, pero las lecciones del valor se reciben en tu edad como todas las demas. Los espartanos eran soldados desde la cuna, los demas griegos i el ilustre pueblo romano miraban los ejercicios militares como deberes imprescindibles de todo buen ciuda-

* Cálidas, en su diario, atribuye a este ilustre tribuno una gran parte del éxito de aquella gloriosa revolucion.

dano, i en los casos de peligro bastaba tener la fuerza física necesaria para llevar las armas, para ser reputados soldados natos de la patria. ¿Te sientes capaz de presentar tu pecho al enemigo? ¿Podrás sufrir las penalidades de una campaña?”

—“Oh! papá, exclamó el niño, yo seré uno de los defensores de la patria como lo son ya tantos de mis compañeros de estudios, i aprenderé a soportar las fatigas de la guerra, puesto que se trata de conservar la libertad. He estudiado las historias de Grecia i Roma, he leído detenidamente a Plutarco, he aprendido de memoria casi enteras las bellas tragedias de Mitrídates, Bruto i Caton, i no puedo negar a usted que sacrificaría con gusto mi vida por parecerme a alguno de los grandes hombres cuyos retratos están en esos libros.”

Acevedo abrazó con ternura a su hijo i en seguida le hizo un elocuente discurso sobre el amor de la patria, los encantos de la libertad, las glorias militares i la gratitud nacional. El alma de Acevedo no respiraba sino patriotismo, magnanimidad i desinterés. Se acaloraba naturalmente hablando de los derechos del hombre, de los abusos de la tiranía i de los deberes de un buen ciudadano. Todo lo había inmolado con placer en las aras de la patria i hoy le ofrecía con orgullo i complacencia el primojénito de su familia, que apenas podía manejar una espada. Creía en la libertad i en las virtudes republicanas tales como las pintaban sus sabios amigos en las juntas preparatorias de la revolución. Esperaba la prosperidad de la patria con una fé inalterable, no dudaba de la gratitud de la nación i pensaba con embeleso en la gloria que coronaría los nombres de los defensores de la independencia americana. Él amaba a su país i a sus conciudadanos como un buen hijo ama a su padre, como una tierna madre a sus hijos. No podía imaginarse que despues de 45 años de luchas, sacrificios, sangre derramada i tremendas conmociones políticas, estaría aun vacilante el edificio social que él i sus amigos con tan patriótica abnegación, quisieron establecer sobre bases sólidas desde el memorable i glorioso 20 de julio.

Quedó satisfecho Acevedo de los sentimientos republicanos de su hijo, i bien pronto lo hizo partir para el ejército, encargándole que imitase en su nueva carrera las virtudes de Temístocles, Aristides, Epaminondas, i tantos héroes antiguos cuyas historias habían admirado juntos.

Largo tiempo militó Pedro bajo los estandartes de la libertad i participó de los triunfos i reveses que tuvieron los patriotas en aquella desigual i gloriosa contienda. Los jenerales Baraya, Cabal, Montufar i Serviez fueron testigos de la actividad, subordinacion i denuedo del amable adolescente; i el segundo de estos jefes escribió a Acevedo una carta llena de elogios al jóven soldado, en la cual habia estas lisonjeras palabras: “Tengo envidia de usted: quisiera ser padre de Pedro.”

A fines del año de 1815 volvió Pedro al seno de su familia. Seria imposible describir la alegría de los padres i hermanos al abrazar sano i salvó al veterano de la patria, que tantas veces habia arrostrado la muerte para cumplir con sus deberes. La madre, sobre todo, no se cansaba de ver i oír a su predilecto. Este habia crecido; su cutiz un poco ennegrecido con la intemperie, no afeaba en manera alguna su amable e intelijente fisonomía. Cuando se quitaba el sombrero, una ancha faja blanca marcada en su espaciosa frente hacia conocer cuál era su color natural. Habia perdido el aire tímido que tenia al partir; pero, no por eso, habia adquirido el descaro i audacia del soldado. Sus miradas eran mas firmes; i su sonrisa amable, la espresion habitual de su rostro inspiraba interés i afecto ácia él. Hablaba de la campaña con verdad i sencillez, elojaba el valor de sus compañeros i sus contrarios con candor i buena fé, i jamas mencionaba sus propios hechos, ni se jactaba de las distinciones que habia logrado, porque todas las atribuia a la benevolencia de sus jefes. Cuando sus hermanos, locos de contento por su regreso, le hacian ponerse sus vestidos e insignias militares i le ponderaban la jentileza i gracia de su persona, él les hacia algunas caricias i les decia: “Es mui grato i honroso pelear por la patria: estos vestidos son bellos porque pertenecen a una profesion noble i recuerdan sagrados deberes.”

IV.

LA EMIGRACION.

Poco tiempo duró la placentera embriaguez de aquella familia. El horizonte político se nublabá rapidamente i los pueblos intimidados con la invasion española, retiraban ya

su apoyo a los patriotas i recibian humildes el yugo que poco ántes arrojaban con tanta valentía. Se habian sufrido terribles descalabros, i la funesta derrota de Cachirí puso el colmo a la consternacion i desaliento. En consecuencia, Acevedo reunió a algunos amigos i parientes, a su esposa i a su hijo, i les espuso sin rodeos el cuadro espantoso de la reconquista de la Nueva Granada, con el objeto de deliberar con ellos sobre lo qué deberian hacer en tan apuradas circunstancias." Los expedicionarios, les dijo, vienen animados del deseo del pillaje i devorados por la sed de la venganza, i todos nosotros seremos víctimas de los serviles soldados del ingrato i estúpido Fernando. Solo dos partidos podríamos abrazar para sustraernos al cadalso que nos espera. Una desesperada resistencia a fin de vender caras nuestras vidas, o la huída con el fin de preparar una ocasion oportuna para caer sobre nuestros enemigos i aniquilarlos. Qué os parece?" Cada uno de los presentes opinó de diverso modo. Este contaba con la clemencia de los pacificadores; aquel con su propia astucia i viveza para evitar el castigo; tal con la facilidad de ocultar la parte que habia tenido en la revolucion hecha contra el gobierno español; cual, con la esperanza de hallar protectores entre los que habia protegido, o con recursos de varias especies para ablandar a sus jueces.

El jóven Pedro opinó por la resistencia hasta el último trance.

—“Que no nos reprenda la patria, dijo él, un abandono cobarde; sacrificuemos todas nuestras vidas en el altar de la libertad, para que no se nos crea capaces de amar alguna cosa mas que la dignidad de hombres libres. Tal vez un esfuerzo heroico de nuestra parte acobardará a los invasores i dará aliento a los patriotas. El ilustre Serviez debe tener consigo los restos de las tropas vencidas en Cachirí. Reunámonos con él llevando con nosotros a cuantos patriotas podamos animar, i buscando una posicion ventajosa, probemos la suerte de las armas que acaso dará a nuestros soldados la gloria que cupo en otros tiempos a los griegos en las Termópilas. ¿Será el ejército de Morillo mas numeroso i aguerrido que lo era el de los antiguos persas? ¿Seremos nosotros menos patriotas, menos valientes que aquellos inmortales griegos? Por otra parte, yo creo que si sucumbimos, es para nosotros mas glorioso morir defendiendo nuestra libertad i nuestro suelo que morir sobre un

cadalso como criminales, o vejetar llenos de angustias i temores, en un escondite que a cada instante puede ser descubierta. Jenerosidad no debemos esperar de los crueles hijos de la Iberia, i así creo que la confianza es un delirio. Combatamos, pues, por la patria, i las nuevas jeneraciones que a su turno traten de sacudir el yugo, tendrán en nosotros un heróico modelo que seguir, levantarán un monumento a nuestra memoria i cubrirán nuestros sepuleros con coronas de laurel entonando himnos a la gloria i a la libertad.”

— “Hijo querido! exclamó Acevedo, ¡cuánto me complace tu patriótico entusiasmo! Mas, tu valor i tu juventud te extravian. El esfuerzo que unos pocos patriotas pudiéramos hacer, no alcanzaria a detener sino por unos cortos instantes la marcha victoriosa de esos expedicionarios alentados por sus triunfos i escitados por la esperanza de repartirse nuestros despojos. Nosotros no tenemos armas; los soldados de Serviez están ya desmoralizados con la derrota que han sufrido i un terror pánico se ha apoderado de ellos; nuestro Congreso ha enviado a solicitar humillantes capitulaciones i ya su voz, que acaso habrá sido oída i respetada por los pueblos, no inspira confianza. Nosotros no estamos en la Grecia, donde el espíritu público era uniforme, donde todos se unian para arrojar al extranjero, donde la libertad de la patria era la vida, el alma, la felicidad de todos sus moradores. En los primeros meses de la revolucion nosotros habríamos hecho prodijios i opuesto con nuestro valor i entusiasmo un muro inespugnable a los soldados españoles; pero la ambición desacordada de unos pocos i nuestras desgraciadas discordias civiles han resfriado el amor nacional i hecho desear al bajo pueblo la paz i el reposo de la servidumbre. Abrigamos en nuestro seno centenares de españoles que perdonó nuestra jenerosidad, e innumerables realistas que nos traicionan ya i tienden una mano protectora a los peninsulares. Una empresa de armas es imposible por ahora; mas no es esto decir que desistamos del proyecto de ser libres. Yo he pensado que podemos reunirnos i emigrar llevando con nosotros el dinero, armas i hombres que podamos juntar. Atravesemos las selvas inmensas del Caquetá, procurémonos guias para lo interior del pais entre los indíjenas de aquellas tribus salvajes i busquemos un asilo en el Brasil. Seguros allí, esperaremos los resultados de los sucesos que se acercan. Yo no dudo que

los pacificadores se harán odiosos a los pueblos así que estos vuelvan a jimir bajo el yugo, que será pronto. Infaliblemente les parecerá ahora mas insoportable i pesado, porque una soldadesca insolente, sanguinaria i codiciosa será la que viene a ejercer el poder. Entónces la necesidad de ser libres despertará a los indolentes i animará a los cobardes. Entónces las enfermedades habrán diezclado ya a los soldados europeos i será tiempo de que nosotros con mayor experiencia i concierto volvamos a la lid. Entretanto, no habremos estado ociosos; compraremos armas, escribiremos proclamas, solicitaremos ausilios i tal vez lograremos la protección del gobierno del Brasil. De esta manera no espondremos inútilmente las vidas de nuestros conciudadanos en una empresa heróica pero temeraria. Por lo que hace a mí, declaro que no contando con la clemencia española i no hallándome con deseo de entregarme a su tremenda cuchilla, ⁵estoi resuelto a emigrar. Tú, mi amado Pedro, como jóven, quedarás al lado de tu madre i hermanos tanto para servirles de amparo i consuelo i para procurarme noticias de cuanto ocurra, como para vengarme si sucumbo en mi marcha o si soi al fin sacrificado por alguno de los servidores del rei."

—“Papá, dijo tímidamente Pedro, yo debo irne tambien porque estoi comprometido; he peleado contra ellos i me matarán.”

—“No, hijo querido, replicó Acevedo, no temas. Los servicios militares de un subalterno apénas son conocidos i ademas tu edad i tu semblante hacen posible persuadir a los invasores de que no has podido tomar las armas todavía.”

El semblante de Pedro se cubrió de un vivo encarnado. Pasó su mano con despecho por su rostro imberbe i fresco, i dijo a su padre con mal disimulada impaciencia:

—“Sí, papá, usted tiene razon. Soi todavía mui jóven i no debí combatir ántes de haber alcanzado a la edad en que ordinariamente se va a la guerra. No obstante, usted piensa que pueda ser ya el apoyo de mi familia aunque para esto se necesita tambien, segun creo, ser hombre como el que va a campaña.”

—“Sí, replicó el padre, fingiendo no advertir el enojo de Pedro; pero, puesto que supiste desempeñar tus deberes ácia la patria, espero que sabrás llenar los que tienes ácia tu madre i hermanos. Tu intelijencia i juicio me hacen esperar que llenarás dignamente mis encargos. Por lo que

hace a tus peligros, no los creo graves. Repito que tu juventud te favorece, i te queda el recurso de ocultarte al principio.”

Pedro miró a su padre con una mezcla de fiera i dolor, i dijo a media voz:

—“En verdad que no tengo miedo, Dios lo sabe.”

—“Mira, continuó Acevedo, si dentro de seis meses no has tenido noticia de mi paradero. . . .”

—“No prosiga usted, exclamó Pedro prorrumpiendo en llanto i abrazando a su padre. No, señor, no me quedaré. Creo a usted bastante justo para no atribuir a temor o a un deseo egoísta de conservar mi vida, el empeño que tengo en partir. Mas, usted no se irá solo. Si la Providencia me ha preservado de las balas i sables enemigos, ha sido para conservar a usted un compañero en su triste destino. ¿Piensa usted, papá, que yo no sé lo que es una emigración? ¿Supone usted que yo no comprendo los riesgos que se corren al atravesar esos bosques inmensos de nuestras cordilleras, en donde la fiebre, los tigres, las serpientes i otros mil enemigos amenazan a cada momento la vida del hombre? ¿I quién no sabe cuánto se arriesga fiándose de esos salvajes a quienes la perfidia europea ha hecho crueles, desconfiados i vengativos? ¿I espera usted persuadirme de que debo dejarlo arrostrar solo tantos peligros? No, mi buen papá, yo seré el apoyo de sus pasos por medio de esas selvas intransitables, yo lo cargaré sobre mis espaldas cuando usted esté cansado, mi mano preparará sus alimentos i haré la guerra a los animales feroces que puedan presentarse a nuestro paso, i cuando usted esté triste yo lo consolaré hablándole de los objetos que amamos, haciéndole vaticinios sobre la futura gloria de nuestra patria i recordándole las acciones heroicas que la historia nos refiere.”

—“Mi querido hijo, dijo Acevedo estrechando a Pedro contra su corazón; tu resolución es digna de tu alma grande, amante i agradecida; pero, yo prefiero que te quedes con tu pobre madre.”

—“No, papá, usted no puede preferir eso; mamá no necesita de mí, puesto que queda en su casa, rodeada de amigos i parientes i en medio de todos los recursos. Si la persecución de los espedicionarios ha de ser tan terrible como se teme, yo no haré sino aumentar los embarazos i congojas de mi madre que temblará a cada instante por mi vida, al paso que a usted puedo servirle de mucho. Usted siempre

ha vivido cercado de comodidades i no sabe lo penoso que es marchar a pié, dormir a campo raso, comer mal o acaso no comer i carecer de todo lo que hasta hoi ha disfrutado. Solamente yo puedo servirle a usted con un amor inmenso, una consagracion infatigable i una fidelidad de que mi corazon quede satisfecho. Así, pues, usted no me rehusará la gracia de llevarme en su compañía.”

—“Tu madre llora i calla, replicó Acevedo, que sea ella quien decida entre nosotros.”

—“Dura decision! esclámó la señora ahogando sus sollozos, pero la voz de mi conciencia es mas fuerte que la del amor maternal. Mi hijo querido: tal vez voi a decirte el último adios, pero tu deber i el mio es no dejar ir solo a tu padre.”

Pedro dió a su madre las mas rendidas gracias por su fallo, pero Acevedo insistia en su negativa apoyado por sus amigos que ofrecian acompañarlo.

—“I bien, dijo Pedro, yo regresaré si pasado el primer mes juzga usted que debo volver. A esto añadió mil caricias, súplicas i razones. Su cariño filial triunfó de todos los obstáculos i quedó resuelto que partirian con sus amigos dentro de tres dias; es decir, el 2 de mayo de 1816.”

No es fácil describir la triste escena que pasaba en casa de Acevedo la mañana de aquel funesto dia. La madre que habia pasado casi toda la noche conferenciando con su esposo i su hijo, tenia los ojos hinchados i enrojecidos por lo mucho que habia llorado, pero se ocupaba con calma aparente en dar sus últimas órdenes a los criados que habian de acompañar a los emigrados, i en hacer servir el almuerzo de los viajeros. Pedro, lloroso tambien, se acercaba cada instante a su madre, quien le hacia una caricia, i luego corria a abrazar alternativamente a cada uno de sus hermanos, deteniéndose al lado de los mayores para recomendarles que cuidasen de su mamá mientras él i su padre regresaban de un largo viaje. Acevedo sentado en una silla frente a la mesa en que siempre escribia, con el rostro oculto entre sus dos manos parecia entregado a la mas profunda i triste meditacion: hondos suspiros salian de su pecho, pero no levantaba la cabeza aunque su esposa i su hijo entrasen frecuentemente con motivo de los aprestos de marcha. A las seis de la mañana uno de los chicos se dirijió al cuarto llamando a su papá. Este se estremeció i volviéndose a su esposa con voz turbada i miradas suplicantes, la dijo:

—“No me los dejes entrar aquí: si los veo no podré partir. Que los encierren en una pieza distante donde yo no los oiga.” La orden fué al punto ejecutada i pocos instantes despues la señora avisó que estaba pronto el desayuno. Acevedo no se movia, pero ella lo tomó del brazo i lo condujo hasta el comedor. Él se sentó maquinalmente, tomó una cuchara en sus manos i al propio tiempo echó una mirada al rededor de sí.

—“Mi mesa está solitaria, exclamó dolorosamente. Dónde están mis hijos? Por qué no vienen?”

—“Ahora no pueden, respondió la madre con firmeza.

—“¿I he de almorzar solo? Imposible!”

—“Es preciso, papá, respondió Pedro, cuya voz estaba casi cortada por el llanto. Nos vamos dentro de una hora.”

—“Yo! replicó Acevedo ¿Me voi sin mis hijos? No puede ser. . . . siempre he estado con ellos. ¿Por qué me los quitan hoy?”

—“Acevedo, le dijo la señora con tono solemne i decidido, tú mismo lo has dispuesto así porque si los vieras no tendrías ánimo para partir, i si te quedas, ellos serán huérfanos dentro de pocos dias.”

—“Tienes razon; marchó al momento sin verlos ni acariciarlos. . . . Ah! que Dios los bendiga, i a tí tambien mi amada i excelente compañera.”

Al decir esto las lágrimas brotaron como dos arroyos de los ojos del triste padre, i su esposa i su hijo se alegraron de verlo llorar pues ya les causaba inquietud su silencio, su indiferencia i sus miradas extraviadas. Pasados algunos momentos, ya fué posible hacerlo tomar algun alimento i casi al punto el criado de confianza que debía acompañarlos entró a avisar que estaban prontos los caballos i que a la puerta los esperaban ya varios amigos. Acevedo echó los brazos al cuello de su esposa i la dijo con ternura el mas triste i doloroso adios.

—“Te recomiendo mis hijos añadió, cuida de sus corazones como de plantas tiernas i delicadas que solo tú podrás cultivar en mi ausencia. Que sean honrados i patriotas. . . que. . . pero, yo volveré a educarlos. Adios amada mia. Mis pobres hijos van a preguntarte por mí ¿qué les responderás? ¿Para qué época podrás anunciarles mi vuelta?” Despues guardó un rato de silencio i arrancándose con esfuerzo de los brazos de su esposa exclamó:

—“Oh-patria! oh libertad! ¿cuánto vais a costar a los

fieles servidores que levantaron vuestras banderas en esta tierra de esclavos!”

Entónces tocó a Pedro el turno de sus amargos adioses. Tierna i lastimosa fué esta escena. El hijo no se cansaba de encargar a su madre que se cuidara i conservara hasta su regreso su preciosa existencia. Enjugaba las lágrimas que ella vertía por él, la rogaba encarecidamente que se consolase i la prometía con voz cortada que pronto estaria de vuelta; ella repetía mil veces a su amado hijo que no se espusiera sin necesidad a lós peligros i que velara por la conservacion i salud de su padre como ánjel encargado por Dios para protegerlo i cuidarlo.

▼.

LOS SALVAJES.

Por fin marcharon. El movimiento, la variedad de objetos, la compañía de los amigos i las alarmantes noticias que recojian en el camino sobre la proximidad de los pacificadores, sacaron a Acevedo, no de su tristeza, porque esto no era posible, sino de aquel sombrío dolor que hacia temer el trastorno de su razon. Cuando llegaron a Neiva ya los habian abandonado algunos de sus amigos, desalentados con la idea del largo i peligroso viaje que iban a emprender o lisonjeados con la vaga esperanza de obtener clemencia de los vencedores. En aquella ciudad resolvieron todos volverse o tomar otras direcciones, i Acevedo viéndose solo con su hijo determinó dejar allí a guardar en casa de un amigo que no le fué fiel, varias alhajas, dinero, plata labrada, ropa i otras cosas, conviniendo en que en caso de necesidad enviaria por todo, o que si no mandaba ni volvía, el amigo le mandaria todo a su familia residente en Santafé. Aunque sintió la poca constancia de sus compañeros de viaje con cuya separacion se anquilaba casi todo su plan i a pesar del temor que tuvo por las vidas de los que incautamente se volvian a ofrecer sus cuellos a la cuchilla expedicionaria, halló sinembargo, en su separacion la ventaja de poder andar con mas celeridad, i esto no era poco porque sus pesares i profundas cabilaciones hacian sobre su alma una impresion que solo el movimiento i la ajitacion fisica podian debilitar. Al llegar a Timaná confió a un hombre

virtuoso en cuya casa se alojó, otro poco de dinero, i allí tuvo noticia de que el negro venezolano que lo acompañaba proyectaba robarle i denunciarlo. En el último lugar de la provincia ántes de internarse en las montañas, llamó al negro, le dió una gruesa cantidad, le dijo que allí lo esperaria o que regresaria a esperarlo en Neiva bajo de un nombre supuesto, i lo despachó con una carta para su esposa. El negro aprovechó con gusto esta ocasion para separarse del amo, pues era cobarde i temia el viaje por las selvas, i se vió con placer dueño de una suma que le ahoraba el remordimiento de cometer un crimen i que ciertamente no habia merecido. Desde luego hizo resolucion de no volver ni entregar la carta. Pero en esto nada habia perdido pués Acevedo, que estaba impuesto de que el negro no sabia leer, finjió escribir con él, solo por separarlo de su persona sin ofenderlo puesto que lo encargaba de una mision de confianza.

Tenemos ya solos a nuestros dos viajeros. En aquel pobre lugar concertaron su plan de partida. Cada uno hizo un lio con una muda de ropa, pocas provisiones, algunos objetos curiosos para encariñar a los indios, algunas armas i bastante oro. Tomaron de los naturales todas las noticias que fué posible adquirir i confiando en la Divina misericordia se internaron en las impensas soledades, en los bosques gigantescos de los Andaques. El cansancio, el hambre, los vichos de varias clases que abundan en aquellas montañas, i las penas de espíritu, tenian mui abatidos a nuestros viajeros. No obstante, Pedro parecia infatigable; tomaba la maleta de su padre, le prestaba su brazo para ayudarle a trepar por aquellos caminos escabrosos i no dejaba de hacerle notar las bellezas de aquella naturaleza vírjen i de hablarle de cuantos objetos podian distraerlo. Despues de tres dias de marchas penosas llegaron al punto que les habian designado como el mas inmediato al que solian frecuentar los indios. En efecto a poco rato descubrieron una rústica choza i un poco mas léjos dos hermosos árboles de los cuales pendia una hamaca de cuerda en la cual estaba tendido un indio. Dieron un silvo segun se lo habian aconsejado, i al punto se puso en pié el indio, preparó un flecha i tendió sus penetrantes miradas por los bosques del contorno. Bien pronto divisó a los emigrados que con una rama verde en la mano le hacian señas de que se acercase. El indio se encaminó a ellos con paso lento, lo cual permiti-

tió que pudiesen observarlo atentamente. Era hombre bien formado, tenía ojos pequeños i negros, hermosa cabellera de color de azabache, talle delgado i flexible, frente espaciosa, i el ademan grave i pensativo que distingue a casi todos los habitantes indígenas de la Nueva Granada i otras comarcas de la América meridional cuando no han degenerado de la antigua raza con la mezcla de las sangres europea i africana. Ceñía la cintura del indio un ancho delantal de plumas i su cabeza estaba adornada con una hermosa gorra de la misma materia. Pero, estas plumas de varios colores estaban con mucho arte i simetría i presentaban a la vista un todo sumamente bello i agradable. Sartas de cuentas azules i amarillas lucían en sus brazos, muñecas i piés. Un ancho tahalí de corteza de árbol sustentaba su carcax. En su mano izquierda llevaba una flecha con punta de hierro i en la derecha el arco i un ramo que cojió para acercarse a los extranjeros. Estos se inclinaron respetuosamente delante del indio e iban a informarlo por señas del objeto de su venida; pero él los interrumpió diciendo:—“Yo sé hablar el español i el portuguez i soi el intérprete entre mis hermanos i los hombres de carne blanca. Decid ¿qué buscáis en nuestras montañas? ¿No es bastante espaciosa la tierra que habitáis para conteneros?” Acevedo le dijo que eran comerciantes, que traían cosas útiles i hermosas para venderles a los indios, i que su intento era pasar al territorio del Brasil donde esperaban hallar nuevos objetos para continuar su comercio.

El indio movió lentamente la cabeza i dijo:—“Nada puedes traerme mas bello que mis plumas, ni mas útil que mi arco, mi hamaca i mis redes. El paso hasta el Brasil es largo i peligroso: puedes volverte a tu tierra.”

Embarazado Acevedo con esta respuesta i no pudiendo contener la impetuosidad de su jenio, dijo:

—“Mira, yo soi mas desgraciado que comerciante, necesito pasar al Brasil i si me conduces allí te doi cuanto poseo sin pedirte nada en cambio.”

—“Vas huyendo? preguntó el indio.”

—“Sí, respondió Acevedo.”

—“Entonces, dijo el indio, eres cobarde o criminal.”

—“Ni uno, ni otro, exclamó Pedro con enerjía. Mi padre es incapaz de cometer un crimen i en cuanto al valor, tú puedes ponerlo a prueba i entonces verás hasta dónde puedes llegar.”

El indio se encojió de hombros con desden, i Pedro continuó:—“Tú sabes que en el mundo hai hombres buenos i hombres malos i cuando el Ser Supremo permite que estos sean en mayor número, los buenos se esconden en las montañas esperando la hora que Dios les señale para castigar a los malos.”

Bien sea que la voz dulce, la interesante fisonomía i la vivacidad de Pedro hubiesen tocado al indio en su favor, o bien que creyese en sus palabras, le contestó:

—“Jóven, has dicho la verdad. No obstante, no podreis internaros en los ocultos senderos de estos bosques hasta que yo regrese de un viaje de tres o cuatro semanas que debo emprender hoy mismo. Soy jefe de una tribu numerosa. Mi nombre es Tonavirí i a mi voz muchos guerreros asentan sus flechas i tiemblan todos nuestros enemigos. Esta choza que ves es mia i hoy no habitan en ella sino mi hermana, su esposo i su recién nacido. Os tomo bajo la protección del Espíritu que vela sobre mi familia. Aquí podreis esperar mi regreso.”

Sabian, Acevedo i Pedro, que no era fácil hacer mudar de dictámen a un salvaje i así, aunque la demora contrariaba sus planes, resolvieron aceptar la hospitalidad del jefe esperando que durante su ausencia podrian adquirir algunos conocimientos sobre el carácter, costumbres i lenguaje de aquellos naturales. Siguiéron, pues, en silencio a su conductor que los introdujo en la choza. Dos hermosas hamacas de cuerda, varias esteras de corteza i paja i dos bancos de raiz de palma, eran los únicos muebles de la cabaña. Por las paredes i en los rincones estaban distribuidos algunos cuchillos de monte, dos hachas i las redes, anzuelos, flechas i arpones de que se servian para la caza. i pezca. Veíase tambien atravezada sobre las vigas de la choza una hermosa escopeta que manifestaba bien que para aquellos salvajes no era desconocido el tráfico con los europeos. La hermana de Tonavirí que era una jóven hermosa i fresca estaba sentada sobre una estera cerca de la puerta dando el pecho a su hijo, i con un manojo de hojas de palma ahuyentaba los innumerables mosquitos que venian a picar la piel delicada del niño. Su esposo, recostado en una de las hamacas, hacia con sus manos cierto ruido acompasado e igual como para acompañar el suave vaiven de su movable cama. Ni él ni la india manifestaron extrañar la presencia de los extranjeros, pero correspondieron a

sus saluciones, el indio cruzando sus dos manos sobre el pecho, i la jóven inclinando su cabeza. El jefe les habló breve rato en su idioma i despues se ocupó en reunir sus armas para la marcha. Ciñó a su cintura con una correa de cuero de tigre un cuchillo de monte, puso mayor número de flechas en su careax, colgó de su hombro izquierdo un zurron con algunos cartuchos i bajó su escopeta sobre la cual frotó un rato con un puñado de cortezas majadas que presentaban la apariencia i tenian la blandura de la esponja. Despues encendió un gran cigarro i se puso a esperar en su hamaca la comida del dia. A poco rato la india que habia salido, presentó a sus huéspedes, a su hermano i esposo un trozo de carne azada i dos grandes pezcados cocidos con algunas yucas i plátanos. Una vasija llena de *casirí* que los viajeros no pudieron tomar por parecerles mui fuerte, completó aquella rústica comida que para ellos fué deliciosa porque habian pasado tres dias sin comer nada caliente i porque la sazónaba una hambre devoradora. Al terminar les dijo el jefe:—«Mi hermano se llama Ultaro i mi hermana Ayacuná; podeis contar con ellos, puesto que habeis comido bajo el mismo techo. Antes de que pase la nueva luna estaré de regreso. Diciendo esto se despidió de los huéspedes i de su familia i se alejó lentamente internándose en lo mas espeso de aquellas montañas. Acevedo i su hijo que conocian su penosa posicion, trataron de hacerse agradables a los indios a fuerza de cariño, atenciones i servicios. Pedro salia todas las mañanas a cazar i siempre traía algunos animales, ya aves, ya cuadrúpedos que eran presentados por él a los dos indios i servidos en sus comidas, ayudaba a la madre a dormir al niño, aseaba los utensilios de la cocina, arreglaba las armas de Ultaro i lo acompañaba en sus correrías, i los divertia haciendo algunos experimentos sencillos de física, o cantándoles por la noche las canciones de su pais. Acevedo procuraba inspirarles ideas relijiosas i valiéndose de toda la viveza de su imaginacion les hacia por señas esplicaciones i discursos que ellos casi no entendian pero a los cuales prestaban la mas dócil atencion. Los salvajes estaban contentos i Ayacuná especialmente se distinguia por el afecto i benevolencia con que trataba a los extranjeros. Solamente notaron que manifestaba suma repugnancia de que ellos se sentasen en la hamaca, i muchas veces cuando al volver de sus quehaceres los hallaba en este lugar, les hacia un jesto im-

rativo mezclado de horror o impaciencia para indicarles que se levantasen luego. Pero, por lo demas, es cierto que los desgraciados fujitivos hallaron en medio de aquellas selvas inmensas i al lado de dos salvajes, consuelos, ocupaciones i aun placeres.

El mas activo i ocupado era Pedro. Temiendo que su amado padre tuviese mucho que sufrir, le preparaba algunos alimentos, lavaba con frecuencia su camisa que se ponía amarilla con el sudor, i pasaba largas horas sentado junto a la hamaca espantando los mosquitos, a fin de que su buen padre pudiese disfrutar un largo i pacífico sueño. Este, sin embargo, estaba mui melancólico. Un dia se hallaban todos cuatro detras de un gran tronco derribado, observando los juegos que a bastante distancia de su habitacion tenian tres pequeños tigres sobre las playas del río Caquetá. Ultaro se preparaba a salir por un sendero en que era práctico a fin de matarlos, a tiempo que dos hermosos tigres salieron de la selva como para contemplar los juegos de sus compañeros. Parecian complacidos con este espectáculo cuando el dardo del indio atravezó el costado del tigre, quien dando un espantoso rujido cayó revolcándose en su sangre. Toda la manada huyó llena de espanto i Ultaro miró con satisfaccion a sus compañeros. Pero Acevedo se habia precipitado hácia él para detener su brazo gritando: “¡Desgraciado, desgraciado! ¡no prives a los hijos de su padre, ni a este de contemplar sus graciosos juegos! ¡Esto es cruel, yo lo sé, lo siento en mi corazon!” Esta exclamacion i este movimiento fueron rápidos como un relámpago i así es que cuando el cazador se volvió triunfante hácia sus amigos, quedó admirado de la accion, el gesto i los gritos de Acevedo, cuyas palabras e intencion no comprendia. Pedro sí penetró el sentido de aquellas frases i su alma se empapó en la amargura que encerraban. Otra vez sentados padre e hijo a la sombra de un majestuoso algarrobo, se complacian oyendo los cantos de Ayacuná que procuraba dormir a su hijo. Aquellos acentos monótonos i quejosos como el arrullo de la tórtola solitaria, penetraron el corazon de Acevedo.

—“Hijo mio, dijo mirando tristemente a Pedro, cuando yo era feliz oía los dulces cantos con que tu madre te dormía a tí i a tus hermanos. Yo he contemplado a todos mis hijos dormidos sobre el regazo materno i. ¡ya jamas veré ese espectáculo encantador!”

—“ Por qué no ? replicó Pedro enternecido. Lo que está pasando en Santafé no debe durar siempre, i nosotros volveremos al lado de mamá.”

—“ Lo crees tú ? ”

—“ Sí, papá querido, esto me parece indudable.”

—“ Ah ! dijo Acevedo, yo tambien espero que tú volverás allá !”

Al decir esto ocultó su rostro entre sus manos. Las arrugas que se formaban sobre su bella i blanca frente i la contraccion i movimiento de sus cejas, hicieron conocer a Pedro que su padre lloraba, pero no se atrevió a interrumpir su dolor considerando que el llanto era preferible a esas meditaciones sombrías que como una mano de hierro comprimían aquel corazon sensible i que secaban su cerebro como los vientos abrazadores del desierto. Contempló con respeto aquel pesar profundo causado por los recuerdos que se retrataban en su propio corazon i conmovido se dirigió a la cabaña en busca de la escopeta para distraer a su padre convidándolo a hacer una correría por el monte. Desde aquel dia no lo dejaba un momento i agotaba su ingenio imaginando arbitrios para divertir la melancolía del que tanto amaba.

Así se pasaron mas de tres semanas hasta que, segun lo habia ofrecido, regresó Tonavirí. Manifestóse complacido por la buena armonía que reinaba entre sus hermanos i sus huéspedes, i les regaló con profusion los frutos de la abundante caza que habia hecho al atravesar los bosques. Al anochecer entabló una conversacion particular con Acevedo i su hijo. Dijoles que era imposible que se internasen en las montañas, ni mucho ménos que pensasen en atravesar hasta el Brasil; que el Consejo de su tribu acababa de prohibir toda comunicacion con los hombres de carne blanca, porque se sabia que pocos meses ántes habian desembarcado en ciertos puntos de las costas, poderosos ejércitos venidos del otro lado de los mares, i que los indios temian que el intento de estos soldados fuese posesionarse de los últimos refujios que en medio de los bosques les habian dejado los primeros conquistadores. Así, pues, añadió el jefe, debeis volver a vuestro pais porque aquí no podreis subsistir solos rodeados de fieras cuando mi familia i yo nos retiremas, lo que será bien pronto, i pensar en seguir con nosotros es imposible. En vano trató Acevedo de hacerle comprender que aquellos mismos soldados euro-

peos que alarmaban a sus hermanos, eran los perseguidores de quien él iba huyendo.

—“No lo creerian mis hermanos, respondió Tonavirí; las frecuentes astucias *de que han usado los hombres de carne blanca para destruirnos o esclavizarnos* han hecho a nuestra nación mui desconfiada. No puedes permanecer entre nosotros.”

Cuando acababa el jefe de decir estas palabras entró en la choza Ayacuná a quien él habló algo. Al punto la jóven hizo un ademan de espanto i volviéndose a los emigrados les instó por señas que partiesen inmediatamente. Acevedo preguntó al indio por qué estaba su hermana tan afanada en despedirlos, i él respondió:

—“Es porque os estima i va a venir mi padre.”

—“I esto en qué se o pone a nuestra permanencia aquí? ¿Por qué manifiesta Ayacuná un aire espantado i multiplica sus ruegos a fin de que nos vamos? Mirala, llora delante de mi hijo, instándole para que veriquemos nuestra partida. Yo deseo que me esplices esto.”

—“Voi a esplicártelo, replicó el jefe. Hará un año que tenemos en esta misma choza a un portuguez que vino a comprar pieles de tigre. Miétras se reunia el número convenido, él era nuestro huésped i mi hermana, recién casada entónces, le hacia compañía casi todo el dia. Sucedió que los otros portugueses que comerciaban con nosotros en el Aduar de que ahora soi jefe i que gobernaba entónces mi padre, cometieron una perfidia atroz. No solamente partieron en oculto sin pagar los efectos que les habiamos entregado, sino que llevaron cautivos dos muchachos de nuestra tribu que ya sabian algo de su idioma i que les habiamos dado por guias e intérpretes. Esta traicion irritó a mis hermanos. Todos juraron venganza i con mi padre a su cabeza, partieron en busca de los fujitivos. Fué imposible alcanzarlos i nuestros guerreros regresaron burlados en sus esperrnzas, pero protestando venganza inexorable. Mi padre se encaminó a esta choza, i llegó en una hora en que el portuguez estaba tomando fresco en su hamaca. Mi padre traía en su mano una hacha terrible cuyo filo era semejante al de esas navajas con que vosotros quitais de vuestro rostro esa barba espesa que solo os sirve para ocultar la vergüenza que debe causaros el faltar a vuestra palabra i cometer malas acciones. Mi padre se presentó en la puerta en el momento en que el portuguez se inclinaba

para dar impulso a su hamaca, i descargó tan furioso golpe sobre el cuello de aquel desdichado que la cabeza rodó sobre el piso como el coco derribado del palmero. Mas el cuerpo, lleno de vida por un esfuerzo de vigor increíble, se levantó de la hamaca, dió dos pasos, estendió los brazos hácia adelante i encontró con Ayacumá que se habia levantado horrorizada. Aquellos brazos se enlazaron estrechamente a su cuerpo i la sangre que salia como un torrente de aquel tronco mutilado bañaba a mi hermana, cegaba sus ojos i llenaba su boca que ella habia abierto para pedir socorro. Costó trabajo a mi padre desprender los brazos nervudos i contraídos del cadáver, de la cintura de Ayacumá; pero al fin lo consiguió i esta sufrió tanto con aquella terrible impresion, que desde entónces no puede ver sin espanto a un hombre de carne blanca meciéndose en una hamaca. Partid, pues, amigos; mi hermana tiene razon, la hacha de mi padre no ha perdido su filo, su brazo es vigoroso, i está fresca en su pensamiento la memoria de las traiciones i crueldades cometidas por los europeos sobre nuestros inocentes hermanos. Marchaos, no sea que mi padre haya hecho un voto sangriento para vengar a las madres cuyos hijos nos fueron robados por los portugueses.”

Es imponderable la dolorosa impresion que hizo en el ánimo de Acevedo el discurso de Tonavirí. Un abatimiento mortal le hubiera impedido tomar una resolucion cualquiera si el amable Pedro no le hubiera dicho :

—“I bien, papá mio, abandonemos este peligroso asilo i volvamos de noche al último pueblo que pasamos para venir aquí; con el cura del lugar, que será probablemente caritativo i bueno, indaguemos el jiro que han tomado las cosas públicas con motivo de la entrada de los pacificadores en la capital. De las noticias que logremos dependerán nuestras ulteriores resoluciones. Tal vez encontraremos ya un término a nuestros sufrimientos. Tal vez el monarca español habrá adoptado un sistema de clemencia que es el único que puede asegurarle por algunos años el dominio de estas comarcas i entónces no teniendo nosotros que temer, se hace innecesario que arriesguemos nuestras vidas entre salvajes ofendidos i sedientos de venganza.”

Acevedo sacudió tristemente la cabeza i dijo :

—“Iremos donde tú quieras, mi amado hijo; pero no te lisonjees esperando algo de los espedicionarios. Aun cuando el rei sea jeneroso i les haya dicho espresamente “Perdo-

nad," los jefes de la expedicion no lo harán. La codicia, la venganza, el placer de ser déspotas, el orgullo del triunfo, la cruel complacencia de humillar i de verse implorados i mil otras causas los harán inexorables. Tú no sabes lo que son los miserables subalternos, los hombres sin virtudes, los aventureros de todas clases cuando se ven revestidos del poder i con grandes facultades. La peor suerte que puede caberle a un pueblo, es verse entregado al despotismo militar de un puñado de soldados inmorales i codiciosos. Ya lo verás, mi amado Pedro, nuestra nacion no será libre hasta que la mas illustre sangre americana haya corrido por torrentes sobre el suelo de la Patria."

Pedro trató durante todo el dia de distraer a su padre i de hacerle concebir algunas esperanzas, i al amanecer del dia siguiente se pusieron en marcha despues de haberse despedido con tierna gratitud del jefe i su familia. Mas estos quisieron acompañarlos una media legua i despues regresaron a su habitacion, dejando solos en medio del bosque a los emigrados.

VI.

SOLEDAD, HAMBRE I DEMENCIA.

Al tercer dia, ya mui entrada la noche, tocaban con precaucion a la puerta del cura del lugar a donde se habian dirijido. Recibiólos con cariñosa i cristiana hospitalidad, les dió cena i cama, i procuró que pasasen tranquilos aquella noche. Al amanecer del dia siguiente entró en su aposento con el objeto de darles las recientes noticias que habia recibido de Neiva. Los pacificadores habian levantado cadalzos por todas partes; la muerte, las confiscaciones, el destierro de las familias tenian al pais sumido en el mas profundo terror. Acevedo era buscado del mismo modo que los demas patriotas que habian logrado sustraerse de las pesquisas de los verdugos.

Dentro de tres o cuatro dias se esperaba en aquel mismo pueblo una partida de soldados que venia en busca de los que (segun las noticias dadas por los delatores) debian haberse internado en las montañas solicitando una vía para trasladarse al Brasil. Se arrancaban revelaciones a los patriotas tímidos i ya no habia seguridades. El cura,

Acevedo i Pedro entraron en una larga conferencia sobre lo que convendria hacer i por último se fijaron en el siguiente plan. El cura conocia a un hombre de confianza i práctico en todos los bosques del contorno, que podia conducirlos a un punto de las montañas que no era transitado ni por los salvajes, ni por los habitantes del pueblo, i allí podrian ocultarse durante tres o cuatro meses. El conductor fijaria un sitio a donde le fuese fácil trasladarse cada tres o cuatro dias para dejarles los víveres necesarios para su sustento, que serian provistos por el cura con el dinero que los emigrados dejaron para este efecto, i uno de ellos vendria en los plazos convenidos a tomar sus provisiones para conducir las al lugar, un poco mas retirado, donde fijarian su mansion. El cura se comprometia a transmitirles todas las noticias que pudiera adquirir sobre el estado de los negocios públicos, i a proporcionarles los medios de internarse mas en los bosques en caso de alguna alarma imprevista; pero era necesario partir aquella misma noche i que nadie en el pueblo sospechase que habian venido forasteros al lugar, pues esto podria dar ocasion a alguna imprudencia que los comprometiese con la tropa que iba a llegar. Acevedo i su hijo aprovecharon el dia para cumplir con todas las obligaciones de católicos i para fortalecer sus almas con el pan de vida. Escribieron allí para su amada familia i confiaron al cura esta carta, que fué fielmente remitida i llegó a manos de la triste madre. Consolados por la relijion, la caridad i la esperanza, se volvieron aquella noche a las montañas despidiéndose con afecto del buen párroco que les ofreció cordialmente sus servicios i oraciones.

Era largo el tránsito i como iban cargados i no querian caminar de dia para no ser observados si por casualidad habia algun cazador en aquellas selvas, tardaron dos dias en llegar al punto deseado. Una gran cueva oculta entre la maleza, fué el sitio que eligió el conductor para depositar en él las provisiones, i allí se despidió de sus dos compañeros deseándoles resignacion i pronto regreso. Un cuarto de legua mas adentro, en medio de una espesa i corpulenta arboleda, determinaron fijar su mansion. Habia en aquel paraje un ángulo de roca saliente que presentaba la forma de una pared a cuyo respaldo podian construir una choza de ramas, de regular tamaño. En ocho dias quedó concluida, amueblada con una hamaca i entapizada con un cuero de

res que les envió el cura. A distancia de dos o tres cuabras, pero teniendo que bajar un trecho bastante pendiente, corria un abundante i cristalino arroyo. El fiel guia les habia llevado una olla, una vasija para cargar agua i dos escudillas con sus correspondientes cucharas, i era mui puntual en llevarles, en los dias convenidos, arroz, plátanos, sal, carne, panela, tabaco i alguna otra cosa que el párroco proporcionaba. Pero, el consuelo de recibir algunas provisiones era casi siempre acibarado con las funestas noticias que les participaba el cura i que les hacia ver mui distante el término de su penoso destierro. Ya casi todos los compañeros i amigos de Acevedo habian perecido en el cadalso i otros atravesaban el Atlántico para ir a dar en España cuenta de su conducta; i como resonaba aun en algunos puntos distantes el grito de libertad, los expedicionarios léjos de aplacar su furor eran cada dia mas severos i vijilantes. Estas nuevas llenaban de amargura a los tristes emigrados, pero el instinto de la conservacion i una débil esperanza siempre burlada i siempre aplazada para la semana siguiente, sostenian su valor i sus fuerzas. Pedro se levantaba al amanecer a preparar el almuerzo, teniendo cuidado de encender mui poca leña, segun el concepto del cura, a fin de que el humo no diese indicios de su retiro. Cuando Acevedo se levantaba de su hamaca tomaban juntos su desayuno i despues trabajaban con ardor en limpiar e igualar una senda estrecha de cincuenta o sesenta pasos para que sirviese de paseo a Acevedo que era mui afecto a esta distraccion. Cuando estuvo concluido el camino se paseaba dos o tres horas seguidas sin cansarse. Despues daban una vuelta por el monte armados para cazar i para defenderse en caso de ser atacados por alguna fiera i armaban trampas i lazos para cojer algunos animales silvestres con los que aumentaban sus provisiones. Pedro hacia la comida que tomaban al anochecer para encerrarse luego en su choza cuya entrada tapaban con gruesos maderos. El rezo i la conversacion llenaban sus veladas, i luego se acostaban el uno en su hamaca, el otro en su cuero, a esperar otro dia igualmente triste en que el sol que regocija al mundo alumbraria en aquel desierto su soledad, su miseria, sus privaciones i su profunda e inconsolable afliccion. Jamas se acostaba Pedro sin besar la mano de su padre deseándole buena noche; nunca se dormia Acevedo sin bendecir a su hijo i derramar una lágrima encomendando

a su Padre celestial la esposa i los hijos de quienes, a su pesar, se veía separado. Pedro era el que lavaba la ropa, quien ocurría a la cueva a buscar sus provisiones, quien traía el agua para su choza i preparaba los alimentos ayudado a veces en estos últimos quehaceres, por su buen padre.

Esta vida en verdad era triste, i los días se pasaban entre la incertidumbre i el temor. Cinco meses habian corrido sin alteracion alguna, cuando Pedro empezó a notar que la profunda melancolía de su padre tomaba un carácter alarmante. Ya casi no hablaba con su hijo, i pasaba horas enteras sentado sobre un tronco o una piedra con la frente apoyada entre sus manos i solamente por sus suspiros podía conocerse que aquel era un cuerpo animado i no la estatua de la melancolía. Pedro le rogaba con dulzura que no se entregase así a sus tristes reflexiones; pero Acevedo sonreía un instante con él, le decia dos o tres frases afectuosas i volvía a caer en su melancólica distraccion.

Un pequeño incidente acabó de hacer comprender a Pedro que el pesar principiaba a turbar el cerebro de su padre. Un día se le rompió el calabazo en que cargaba el agua. Esto hizo que se dilatara mas en volver, pues tuvo que llevar su única olla, i como el terreno estaba resbaladizo a causa de las lluvias i era indispensable cuidar mucho aquella vasija tan necesaria, se tardó mas de media hora en volver. Encontró a Acevedo con su machete a la cintura, la escopeta en la mano i próximo a salir de su habitacion, cosa que no hacia jamas solo. Pedro le preguntó:

—“ A dónde iba usted, papá? ”

—“ A castigarlos o a morir. ”

—“ A castigar a quiénes? ”

—“ Me dijeron, continuó Acevedo, que tú no volvías porque ellos te habian llevado i yo corría a arrancarte de sus manos o perecer. Cómo te has escapado? ” Al decir esto las miradas de Acevedo eran sombrías i un poco estraviadas. El triste hijo tembló al pensar en la desventura que le amenazaba, pero queriendo distraer a su padre, le habló del accidente del calabazo, i le propuso que por medio de su mensajero de la cueva, encargasen otras vasijas al cura.

Algunos días despues, Acevedo dió en salir en las primeras horas de la mañana i entraba tarde a almorzar. Pedro inquieto por estos misteriosos viajes lo siguió i lo halló sentado sobre una piedra a la orilla del arroyo hablando, al parecer, con alguna persona. Pedro se acercó, pero luego

que su padre lo vió le hizo seña de que esperase i guardase silencio. Al cabo de media hora Acevedo se levantó, tendió los brazos hácia la ribera opuesta i se separó de aquel sitio, enjugando algunas lágrimas que corrían de sus ojos. Al llegar a su hijo le dijo :

—“Por poco la haces desaparecer.”

—“A quién, papá? replicó este.”

—“Escucha, continuó Acevedo, hablando mui pasito. Es tu mamá que viene del otro lado del arroyo, detras de la piedra grande que está al frente. Desde allí me habla; me refiere el estado en que está cada uno de tus hermanos; me cuenta las calamidades que llueven sobre nuestra patria, se informa de tu situacion i de nuestro jénero de vida, me da consejos, consuelos i esperanzas; pero, me ha dicho que no puede hablar contigo i que a la menor interrupcion que haya en nuestras conversaciones diarias, se irá i no volverá jamas. La he rogado con lágrimas que se deje ver, que me permita pasar donde está, pero me responde que Dios no consiente esto i que si intento oponerme a su voluntad desaparecerá para siempre. Así, todo mi consuelo es oirla, saber que está buena i preguntarle sin fin por cada uno de mis hijos. Qué deliciosas son estas conversaciones! Conozco que sin ellas ya me habria desesperado o habria perdido la razon.”

Pedro prorumpió en llanto al conocer por este discurso la completa demencia de su padre; pero este atribuyendo sus lágrimas al pesar que le causaba no ver ni oír a su madre estando tan cerca de ella, le prometió para consolarlo que la rogaria que lo admitiese a sus conversaciones i ademas le dió con complacencia circunstanciada noticia de cada uno de sus hermanos como si realmente estuviese instruido de cuanto les habia pasado desde el dia en que se separaron. El infeliz jóven no pudo ya dudar de su desgracia; pero como su padre se mostraba mas tranquilo i contento desde que alimentaba la idea de estas conferencias, resolvió no contrariar su manía, i ántes bien dejarle toda libertad para salir, contentándose con vijilar de léjos los tristes paseos de su amado e infortunado padre. Cuántas veces se oprimió su corazon i vertió amargo llanto al verlo alejarse precipitadamente i volver luego con semblante risueño como si hubiese recibido alguna alegre nueva. Ah! cuánto hubiera preferido Pedro su triste silencio, sus ahogados suspiros, a esta sonrisa de placer debida

al trastorno mental i a las ilusiones de su demente imaginacion!

Una mañana regresó Acevedo mui turbado i con cierto aire de terror que inquietó vivamente a Pedro. Ya principiaba a preguntarle la causa, cuando Acevedo lo tomó por el brazo i conduciéndolo a lo interior de la choza le dijo:

—“Ya no es ella! La descubrieron i ha venido otra a tomar su lugar para conversar conmigo.”

—“Quién ha venido, papá?”

—“Óyeme, Pedro; ayer desconocí la voz, no me habló de mis hijos, pero me ofreció que hoí mismo treparia sobre la piedra para que yo la viese i que seria mas larga su visita. Con esta dulce esperanza fuí esta mañana mas temprano; pero tardó mucho en venir. Cuando la oí llegar la recordé su promesa i al punto subió sobre la piedra. Estaba envuelta en una grande mantilla i yo no podia distinguirla. Mas valiera no haberla visto!”

—“Pero quién era o que tenia de extraño?” preguntó Pedro.

—“Espérate, contestó el padre haciendo un ademan misterioso i con el semblante asombrado. Temo que me haya seguido aunque subí mui aprisa i por senda estraviada; pues tiene plegadas sobre sus espaldas dos grandes alas de murciélago que yo he visto.”

Al decir esto salió i examinó cuidadosamente las cercanías de la choza i volviendo tranquilo donde su hijo, continuó:

—“No ha venido, ya se ve, la ofrecí volver mañana. Yo no sé si ella quiere que yo te reserve su venida, pero no me encargó el secreto. Además, me convida a que haga un largo viaje con ella miéntras duran las calamidades de la patria, i ya ves que esto es largo. Yo la he dicho que no iré o que irás con nosotros.”

Pedro preguntó con angustia:

—“Pero, quién es papá?”

Acevedo le respondió al oído:

—“Es la muerte!

Pedro se estremeció con horror.

—“Oh, papá! dijo, deseche U. esa vana idea. Su imaginacion se estravia. La muerte no tiene cuerpo, ni voz, ni figura; la muerte. . . .”

—“Calla, Pedro, dijo con calma Acevedo, tú no la has visto ni oído i yo sí. Es espantosa i le tengo miedo. Puesto

que no me ha seguido, mudemos de domicilio sin que ella lo sepa. No quiero que la veas porque su aspecto es horrible i te intimidaria.

Pedro guardo silencio; algunos instantes despues convidó a su padre a tomar algun alimento i luego se retiró a solas a llorar tristemente pidiéndole a Dios que lo libertase del dolor inmenso de ver loco a su amado padre. Muchos dias bajó Acevedo a la fuente, pero siempre manifestaba terror i repugnancia al emprender esta correría a que parecia arrastrado por una invencible necesidad. Unas veces regresaba abatido i decia que la muerte habia venido a renovar su convite i otras con el semblante alegre contaba a su hijo que no habia encontrado al terrible espectro. Todo esto llenaba de amargura a Pedro; pero el colmo de sus infortunios ocurrió poco despues. Fué, como de costumbre, a recojer sus provisiones, pero no halló nada. Refirió a su padre aquel contratiempo, i ámbos se consolaron esperando que al dia siguiente llegaria el mensajero. Pero en vano repitió sus viajes durante muchos dias; el hombre no pareció. Entónces fué necesario ponerse a una escasa racion para hacer mas larga la duracion de sus escasos víveres. Al fin estos se agotaron casi enteramente, i el proveedor no parecia. ¿Quién podrá pintar la situacion de aquellos desgraciados? Veían acercarse el hambre con todos sus horrores, i para mayor desconsuelo los pocos animales silvestres de que ántes cazaban se habian ahuyentado de las inmediaciones de su choza, por temor de los lazos en que tan frecuentemente caían. Pedro vagaba tres o cuatro horas seguidas por los montes del contorno, i volvia lleno de pesar i desconsuelo, sin traer una ave, un conejo ni el menor alimento para su padre. Entónces bajaba al arroyo i alguna vez acaso sacaba un pecesillo o un cangrejo, i esta era toda la comida del infeliz Acevedo, quien jamas se resolvió a comer solo el escaso alimento que su virtuoso hijo le presentaba. Desde que el hambre comenzó a aflijir a Acevedo, ya no salia de la choza, “porque temo,” decia, “hacer ejercicio i despertar el apetito.” Sus ojos hundidos, su color pálido, la escesiva flacura de sus manos manifestaban su extrema necesidad; pero ni una queja salia de sus labios, ni un leve signo de impaciencia oscurecia su interesante i triste fisonomía. Una mañana convidó a su hijo, diciéndole:

“Pedro, quiero que busquemos juntos algo que comer, i

si hoy no hallamos, mañana partiremos para el pueblo i esperaremos allí la suerte que Dios nos mande.”

En efecto, salieron i a las ocho o diez cuabras de su morada vieron un grande mono que trepaba alegremente sobre un árbol. Acevedo le echó una mirada satisfecha i codiciosa, i con trémula mano le dirigió un tiro. El animal cayó muerto al pié del árbol i Acevedo se apresuró a cojerlo.

—“Este es para tí, dijo con emoci3n, presentándolo a su hijo.”

Este besó con respeto i amor la mano que se lo daba i juntos volvieron a su choza a regalarse con aquella pobre carne. Al dia siguiente, Acevedo volvió a salir con el jóven porque temia que agotada aquella mezquina vianda volviere el hambre a atormentarlos de nuevo. Pero en vano caminaron aquel dia; ningun animal se presentó a su vista. Cuando regresaban tristes i desconsolados a su humilde alvergue, descubrieron un aguacate silvestre cargado de fruta; mas no estaba en sazón todavía. Sinembargo, cojieron las mas grandes esperando que madurarían en la choza, pues temian que al dejarlas en el árbol, algunas aves nocturnas les robasen aquella provision. Como era preciso economizar la carne del mono, Pedro no estaba enteramente libre de hambre, pues tomaba apénas lo necesario para sustentar su cuerpo i así no pudo resistir a la tentación i comió algunos aguacates. Bien pronto se sintió atacado de fiebres tercianas; mas el deseo de servirle a su padre i la esperanza de hallar algo que comer en el bosque o provisiones en la cueva, le daban fuerzas bastantes para bajar hasta aquel punto; pero cada vez volvia mas aflijido i estenuado. Una mañana al entrar en su choza halló a su padre tendido en el suelo revolcándose con los mas horribles dolores. Su frente estaba helada i sus miembros se retorcian con convulsiones espantosas.

—“Qué es esto, mi amado papá?”, exclamó Pedro, corriendo a tomarlo en sus brazos.

—“Hijo, respondió el moribundo padre, yo tenia hambre, la carne del mono se nos acaba ya, i por no disminuir la ración de mañana comí aguacate a pesar de tus súplicas i encargos para que no probara esta fruta. Un dolor violento de estómago va a terminar mis dias. Me parece que estoy envenenado.”

Pedro, lleno de terror, puso a tibiarse agua i obligó a su desfallecido padre a que tomase una dosis mui considerable

de ella, lo que provocó vómito i el infeliz Acevedo se sintió aliviado i durmió un rato sobre las rodillas de su hijo. Este cuidaba de separar los mosquitos, acariciaba aquella hermosa i venerada cabeza, i de cuando en cuando sus lágrimas mojaban los negros rizos que caían en desórden sobre el cuello de su padre. Por fin este despertó i dijo a Pedro :

—“Es preciso partir, hijo mio ; la muerte recibida en un cadalso no puede ser mas cruel que esta lenta agonía del dolor i el hambre que aquí nos consume i devora. Por otra parte, no tenemos víveres ; el cielo ha retirado de nuestro alcance los animales que pudieran servirnos de sustento ; tú estás malo i yo he sufrido hoi un ataque terrible que me ha hecho comprender todo lo que tu alma debe haber padecido. Abandonemos estas montañas i poniéndonos en manos de la Providencia busquemos de otro modo los medios de conservar esta triste existencia. ¡Oh mi amado Pedro ! yo conozco que no puedo vivir sin mi familia i cuando no nos aquejaba el hambre, fué tanto lo que me aquejó aquel recuerdo dulce i querido, que he llegado a temer en algunos ratos el trastorno total de mi razon. Pero yo le pedia a Dios con fervor todas las noches que nos librase a tí i a mi de tamaño infortunio. Dime, mi amado Pedro ¿no has notado que los dolores mentales principiaban a trastornar mi cabeza ? ¿adivinaste cuán punzantes eran las agudas espinas que desgarraban mi triste corazon ? Mucho he padecido i padezco, pero hoi que ya estoi resuelto a arrojarme en los brazos de Dios sin buscar la prolongación de unos dias que él tiene contados, me siento mas tranquilo. Marchemos, mi hijo, i no luchemos contra la voluntad divina.”

Pedro respondió solo con un diluvio de lágrimas. El tono sosegado, la triste resignación de su padre, los vagos recuerdos que conservaba de su demencia, el ataque atroz que acababa de sufrir, su aspecto macilento i estenuado, todo esto formaba en el corazon de aquel tierno hijo un cúmulo de penas desgarrador, cruel, inexplicable. Se conformó, pues, con la determinación de su padre i aquel mismo dia despues de haber comido el último resto de la carne del mono, abandonaron su triste i solitario alvergue i tomaron lentamente i en silencio el camino del pueblo, temiendo no tener la fuerza necesaria para llegar a él.

VII.

LA HOSPITALIDAD I EL ULTIMO ADIOS.

Habian andado como tres cuartos de legua i ya principiaba a faltarles el aliento, cuando vieron un hombre agoviado por una pesada maleta, que caminaba con dificultad por entre unos troncos derribados. El primer movimiento de Pedro fué ocultar a su padre; pero este lleno de alegría con el hallazgo, levantó la voz gritando: “Acá amigo.” El desconocido levantó la cabeza i al ver a los emigrados apuró el paso con un semblante en que se pintaba a la vez la alegría i la compasion. Al estar algo cerca les dijo:

—“En busca de ustedes venia.”

—“Cómo?” preguntó Acevedo tendiéndole la mano con cordialidad.

Iba a responder el hombre, pero el bondadoso Acevedo no le permitió hablar hasta que le hubo ayudado a descargar su fardo i que todos tres se sentaron cómodamente sobre un tronco. Entónces el desconocido dijo:

—“Yo me llamo Jaramillo. Mi compadre el cura de la aldea mas próxima, ha llegado anoche de regreso de una prision a donde fué conducido por un denunció que se dió contra él como insurjente i protector de insurjentes. Ha tenido que sufrir todas las formalidades minuciosas de la *purificacion* establecida por los pacificadores, i que no es otra cosa sino un nuevo tribunal organizado con el fin de hallar mas culpables i por consiguiente mas víctimas. Apenas llegó el cura, anoche, me hizo llamar. “Compadre, me dijo, acabo de saber que el dia mismo que me arrebataron de mi curato, sacaron tambien del lugar e incorporaron en las filas del ejército al honrado i fiel Ávila...” Al decir esto se interrumpió Jaramillo, i metiendo la mano en su bolsillo añadió:—“Ya olvidaba yo el encargo principal de mi compadre.” Entónces presentó a los emigrados un pan i un frasquito de vino aguado. Cruzó por los ojos de estos un rayo de alegría al ver aquel refrigerio de que tanto necesitaban. Acevedo tomó lo que le daba el mensajero i lo pasó a su hijo; pero este dijo, “tome usted primero.” En efecto, tomó un trago de vino i luego dijo con voz enternecida:—“¡Dios salve a usted i al buen cura!” Despues partió el pan con Pedro i ámbos comian en silencio miéntras Jaramillo conmovido continuaba en estos términos su relacion:

—“Ávila, me dijo mi compadre, no ha vuelto del ejército i él era quien llevaba el sustento a dos infelices caballeros emigrados que están ocultos en estas montañas. Mi edad i mis enfermedades me impiden ir a buscarlos, i aquellos desgraciados hace ya 23 dias que no reciben socorro alguno. Es posible que hayan podido economizar hasta hoy sus provisiones, pero tambien es creible que esten sufriendo todos los horrores del hambre. Vaya usted, búsquelos por la ribera del grande arroyo, luego que los halle deles pan i vino, i en seguida entrégueles ese tercio de provisiones i póngase de acuerdo con ellos sobre el modo de suministrarles en adelante lo necesario. Yo le dije a mi compadre que conozeo un punto mas retirado i seguro i que no está deshabitado. Una familia de negros esclavos de Popayan, habiendo huido hace algunos años de sus crueles amos, ha formado a orillas del rio de Jesus una pequeña colonia ; viven allí tranquilos, con algunas conveniencias i son hospitalarios. Ellos recibirán a los emigrados. Mi compadre aprobó este plan i yo vengo a ser el guia de ustedes hasta la habitacion de Lorenzo i Luisa, que son los negros de quienes he hablado i con los cuales mantengo muy buenas relaciones, porque soi quien los provee de cuanto necesitan.”

—“Qué! dijo Acevedo ¿no podremos salir de aquí todavía?”

—“Ah! respondió Jaramillo, usted no sabe lo que es su patria bajo la dominacion de los espedicionarios españoles ; pero es cierto que usted no viviria enatro dias si llegase a caer en manos de estos sanguinarios pacificadores. Le traigo a usted una larga carta de mi compadre el cura, que escribió durante toda la noche. En ella instruye a usted de cuantos pormenores quiera saber ; aquí está.”

Acevedo la tomó, pero no pudo leer. El pan i el vino habian hecho tal efecto sobre su estómago debilitado, que cayó en brazos de su hijo casi desmayado. Jaramillo frotó sus sienes con vino, le hizo tomar un poco de agua i logró restablecerlo, i entónces el desfallecido padre ordenó a su hijo que leyese en voz alta. Era esta carta una relacion funesta i detallada de las atroces venganzas ejercidas por los bárbaros pacificadores. El número i los nombres de las víctimas hicieron estremecer a los infelices emigrados. El cura les daba noticia de su familia hasta diciembre del año de 1816 ; pero de ahí para adelante nada habia podido averiguar, i aunque esta noticia aseguraba a Acevedo que su

esposa e hijos gozaban de salud, su corazon se oprimia al considerar cuánto podria haber mudado su suerte en los tres meses corridos desde enero hasta fines de marzo en que estaban. En fin, despues de haber comido algo i de haber discurrido mucho sobre su triste situacion i sobre la poquísima esperanza que conservaba de mejorarla, resolvieron seguir a su gnia hasta la habitacion de Lorenzo. Caminaron el resto de aquel día, i durmieron debajo de unos árboles. Al apuntar el alba continuaron su marcha i despues de medio día llegaron a las márgenes del río de Jesus. Allí descansaron un rato i dió Acevedo algunas instrucciones a Jaramillo sobre el modo de adquirir noticias de su familia i de comunicar a esta en dónde i cómo se hallaban, escribiendo bajo un nombre supuesto, segun habia convenido con su esposa el día de su triste separacion. Despues reinontaron por la orilla derecha del río, como tres cuartos de legua, hasta que descubrieron la ranchería de Lorenzo. Se adelantó Jaramillo a prevenir a los negros, i poco despues volvió con estos a recibir i conducir a sus huéspedes. La habitacion de aquellos esposos i de seis hijos pequeños que tenian, se componia de tres ranchos: uno servia de cocina, otro de habitacion i dormitorio, i el tercero, mas grande, era donde guardaba sus víveres, herramientas, redes, varios utensilios de caza, algunos libros devotos (porque Lorenzo sabia leer) i otros efectos que manifestaban que aquella familia habia proyectado despacio su fuga, i habia llevado consigo las comodidades posibles en su clase, contando de antemano con un asilo retirado i seguro. Esta tercera habitacion fué el alojamiento de los emigrados. Jaramillo permaneció dos días con ellos, los recomendó eficazmente a la caridad de Lorenzo i Luisa, i ofreciendo volver a verlos dentro de dos meses, a lo mas tarde, se ausentó de sus amigos cargado de bendiciones de los caballeros, i de mil agradecimientos i afectuosos recados para el buen cura.

Parece que la naturaleza habia estado sometida al amor filial, o mas bien, que Dios habia sostenido las fuerzas de Pedro, que no dejó de ser el apoyo, el consolador i el oficioso sirviente de su padre, hasta su llegada al río de Jesus. Mas, apénas halló séres benéficos que le ayudasen a cuidar a Acevedo, ya no resistió al violento efecto de la fiebre i quedó postrado en cama durante muchos días. Indecible dolor se apoderó del corazon de Acevedo, quien velaba día

i noche a la cabecera de su adorado enfermo. Luisa le prodigó los cuidados mas tiernos, i a fuerza de remedios que ella sabia i habia experimentado en su propia familia, logró mejorar a su jóven enfermo. Acevedo observaba cuidadosamente el estado de su hijo i cuidaba con esmero aquella preciosa vida por cuya conservacion habria dado mil veces la suya. Mas apénas se repuso Pedro cuando Acevedo, minado por el dolor moral, estenuado por el hambre i las fatigas pasadas, atormentado por la incertidumbre i oprimido por tantas penas de todas clases, cayó gravemente enfermo. Tocaba a Pedro su turno de inquietudes, cuidados i vijilias, i su alma noble i sensible padecía atrocamente viendo los sufrimientos de su buen padre. Un dia le dijo este :

—„Pídale un espejo a Luisa, quiero examinar mi lengua.”

La negra dió el espejo en que se afeitaba su marido. Triste debió ser la impresion que experimentó Acevedo al ver su imájen retratada en aquel espejo, pues retiró la cabeza, cerró los ojos, i dos gruesas lágrimas surcaron sus enjutas i pálidas mejillas. Pero pronto, dominando su emocion, se contempló largo rato i dando un suspiro dijo :

—„¿ Piensas tú, Pedro, que me reconoceria tu madre si me viera ahora ?”

Mas, notando que su pregunta contristaba a su hijo, se puso a examinar la lengua, i añadió :

—„Estoi mui malo ; estas manchas negras indican el peligro. Es preciso darme una sangría. En mi cartera tengo una lanceta, tómala, Pedro, i haz este servicio a tu padre.”

El jóven se acercó vacilando, desnudó con pena el brazo de su padre i lloró al ver su escesivo enflaquecimiento. Despues, profundamente ajitado, lleno de temor, con sus ojos oscurecidos por el llanto, hizo vanos esfuerzos por romper la vena. Tres veces tomó la lanceta, i otras tantas una involuntaria convulsion la hizo caer de su mano. Por fin la dejó, i apoyando su frente sobre la cabeza de su padre, dijo :

—„No puedo, es imposible !”

—„Pues bien, hijo mio, replicó Acevedo, yo mismo lo haré.”

—„¿ I si usted se da la muerte ?”

—„No, Pedro, no temas, yo he practicado ya otras veces esta sencilla operación, i creo que la haré con destreza ; es lo único que puede salvarme.”

Entónces, teniendo Luisa una vasija para recibir la san-

gre, Acevedo picó la vena de su brazo derecho, i se puso a mirar su sangre que corria, con una sonrisa melancólica. Pedro sufría un accidente que no le era posible dominar, pero se le disipó para dar lugar al profundo terror que le causó ver caer desmayado a su amado padre. Entónces corrió a sostener su cabeza, i ayudó a Luisa a contener la sangre i poner un vendaje. Un cuarto de hora despues volvió en sí el enfermo, i su primer cuidado fué tomar entre sus manos la cabeza de su hijo, que estaba reclinado sobre su pecho, i dándole un beso en la frente, le preguntó :

—“Por qué lloras ?”

—“He temido perderlo a usted, papá, respondió el jóven enjugando sus ojos.”

—“Ah ! sí, yo he podido morir, dijo Acevedo, pero este es el término de toda existencia. Un día se acaba ; pero en ese día, confiando en Dios, principia una dichosa inmortalidad. ¿I tú, mi Pedro, habias pensado que tu padre estaba esento de la lei comun ?”

—“No, señor, pero aun es usted mui jóven para morir, i yo jamas podré acostumbrarme a la idea de este golpe atroz, por mas que usted me hable de esto todos los días.”

—“Pobre hijo mio! exclamó Acevedo acariciándolo, ¡cuánto has sufrido ya por mi amor ! ¡Cuánto te queda aun por sufrir ! Mas, ármate de valor, tú que has mostrado tanto en otras circunstancias. Yo debo fallecer en estas selvas, i tú abrirás entónces mi pecho, sacarás de él mi corazon i lo llevarás a tu madre. Creo que ella, al verlo, podrá conocer el inmenso amor que he tenido por ella i por mis hijos, i los tremendos e inesplicables dolores que hace ya once meses lo despedazan diariamente. ¿Me das tu palabra, Pedro, de que cumplirás este encargo ?”

—“¡ Oh, no, mi amado papá ! Yo no tendré valor para desempeñar tan cruel comision ! No lo tengo actualmente para oír estos tristes discursos de usted.”

—“Pobre niño ! continuó con amargura Acevedo, yo te amo mucho i sin embargo, te estoi aflijiendo. Perdóname ; pero es necesario que te acostumbres a la idea de perderme, de dejarme en estas soledades, de volver huérfano i abatido por la enfermedad i los pesares, a consolar a mi triste familia.”

Muchas escenas de esta clase pasaron entre Acevedo i su hijo durante algunos dias en que la enfermedad iba haciendo rápidos progresos. Habia ratos en que el enfermo

no hablaba por debilidad, i entónces Lorenzo leía algo en sus libros devotos, i los dos emigrados escuchaban con recojimiento i atencion. La mañana del 2 de mayo de 1817, Acevedo llamó a Pedro, quien a pesar de estar con el frío de las tercianas se le acercó.

—“Hoi hace un año, le dijo, di el último abrazo a tu mamá, i ella, sin duda, recordará este funesto aniversario i rezará por mí con todos mis hijos. ¿No te parece, Pedro, que las oraciones de los inocentes son un buen viático, a falta del que destina la iglesia a los agonizantes? Hoi me separo tambien de tí, mi amado hijo, mi fiel compañero, mi dulce consolador. No llores; pídele a Dios que me perdone i que se digne ser el padre de esa crecida familia de huérfanos que dejo hoi abandonados sobre este valle de miserias. Él lo ha dispuesto i yo me resigno. . . .”

—“¡Oh, papá! mi buen papá! no hable usted de muerte! Tal vez una crisis favorable salvará sus preciosos dias.”

—“Mi Pedro, no te alucines. Yo te hablo lo que te aflige, porque es preciso. Hoi me voi del mundo, i tú quedas encargado de obligaciones mui importantes i sagradas. Adios, mi hijo, yo te bendigo, añadió con tono solemne i voz entera i calmada: te bendigo en nombre de la Santísima Trinidad; te recomiendo que seas siempre virtuoso, que cuides de tu madre, que ames i eduques a tus hermanos.”

—“Mi amado papá! exclamó Pedro con angustia ¿se irá usted sin mí?”,

—“Sí, mi buen hijo, i esta cruel despedida me hace conocer cuánto es lo que se ofrenda en el altar de la Patria cuando se pronuncia el juramento de ser libre o morir. Hijo querido, no olvides nunca mis consejos; no abandones la santa causa que he servido, i persuádetes que despues del conocimiento de Dios, de la virtud i de un nombre honrado i sin mancha entre sus conciudadanos, el bien mas precioso para el hombre es la LIBERTAD.”

La voz de Acevedo empezó a debilitarse, i llamó a Lorenzo.

—“Ven, amigo, le dijo, ayuda a mi alma, que lucha con pena para separarse de este cuerpo ya casi destruido.

Entónces tomó el venerable negro el libro piadoso en que leía frecuentemente. Con voz clara i pausada decia el *Miserere* i Acevedo repetia en voz baja las palabras del salmo sagrado. Entretanto Pedro, puesto de rodillas, temblando con el frio violento de las tercianas i con la cabeza inclina-

da, cubria de besos i lágrimas la mano casi helada de su padre. Cuando Lorenzo concluyó su lectura, hacia ya algunos instantes que el alma de Acevedo reposaba en el seno de Dios. El negro puso su mano sobre la frente helada, i dijo :

—«Descansa en paz con los justos.»

Despues, cerrando su libro, se arrodilló para orar en silencio, i su llanto silencioso caía gota a gota sobre el suelo de su choza. Despues llamó a Luisa. Ya la fiebre ardiente se habia apoderado de Pedro, i los dos esposos lo trasladaron sin dificultad a su cama. Cinco horas estuvo agobiado con el fuego de la calentura i durante ellas Pedro hablaba con su padre i le rogaba tiernamente que no lo dejara. Cuando se disiparon la fiebre i el delirio, el jóven voló a la cabecera de su padre, pero estaba el lecho vacío.

—«Dónde se ha ido ? exclamó con amargura. ¿ Por qué me encuentro sin mi buen padre, en medio de los bosques ?»

—« Sin padre ? respondió Lorenzo presentándose. No, amor mio, todos tenemos nuestro padre que está en el cielo.»

Pedro suspiró, permaneció un instante en silencio estrechando su frente con sus manos, i despues cruzándolas sobre su pecho, con dolorosa espresion, dijo :

—« ¡ Ya sé lo que ha pasado ! Quiero verlo, Lorenzo, llévame donde está, quiero darle el último abrazo i tal vez espirar de dolor sobre ese corazon que tanto me amó ! »

El negro le entregó entónces un papel hallado bajo la cabecera del enfermo. Pedro lo tomó con mano trémula i lo leyó ansiosamente. Era una esquila de su padre en que le daba sus últimos consejos, le rogaba que tuviese valor i resignacion cristiana para soportar el supremo dolor que iba a desgarrar su corazon ; le encomendaba el cuidado i consuelos de su madre i hermanos, i le ordenaba que despues de haber dado sepultura a sus restos mortales, abandonase aquellas soledades para volver al seno de su familia.

Esta triste lectura hizo prorrumpir en un diluvio de lágrimas al infortunado huérfano. Cuando su dolor se desahogó un poco, dijo a Lorenzo :

—« Bien, yo obedeceré su voz respetable, pero vamos a verle.»

Entónces Lorenzo lo condujo a su rancho. En la mitad de él sobre una estera de paja estaba colocado el cuerpo blanco como el marfil, con una pequeña cruz sobre su pecho, alumbrado con cuatro velas, i al pié Luisa i sus tres

hijos mayores que rezaban con devoción i recojimiento por el alma de su huésped. Aquel espectáculo hizo estremecer de dolor el estenuado cuerpo de Pedro. Corrió a abrazar el helado cadáver gritando: “Dios mio! esto es cuanto me queda de mi amado papá!!” Mas de un cuarto de hora permaneció con el rostro apoyado sobre la hermosa frente de su padre, mas de cuando en cuando se apartaba i ponía en ella su mano diciéndo con profunda tristeza:

—“Está helado! la fiebre que me devora no alcanza a comunicarle ni un átomo de calor!”

Los compasivos negros lloraban largo rato con él, pero Lorenzo le dijo:

—“Cumplamos, amo mio, la voluntad de Dios i la del difunto. Demos sepultura a este cuerpo.”

—“Sea, respondió Pedro levantándose, i enjugando sus ojos, despues de haber aplicado un beso respetuoso sobre los pálidos labios de su padre.”

Entónces Luisa i su esposo colocaron los restos de Acevedo sobre unos maderos i lo cargaron sobre sus hombros. Sus hijos i Pedro tomaron lás velas i todos se encaminaron a una colina inmediata. Allí, debajo de unos árboles elevados i frondosos habia cabado Lorenzo la sepultura del caballero. El buen negro regó con algunas flores silvestres el fondo de la fosa i ayudado por su mujer, colocó en ella el cuerpo, mas, ántes de cubrirlo con tierra dirijióse a Pedro i le dijo:

—“Amo mio, ahora vuelva sumerced una mirada postrera sobre este rostro donde está pintada la paz de los ánjeles, ofrézcale su pena a nuestro Señor Jesucristo i todos repitan conmigo las oraciones que nuestra santa madre iglesia reza por los difuntos.”

Pedro dió un doloroso jemido i se dejó caer de rodillas. Luisa i los niños se arrodillaron tambien i todos rezaron con voz trémula i cortada de sollozos las oraciones que leía Lorenzo de pié, con acento piadoso i conmovido. Al fin la tierra cubrió el cuerpo del mártir de la patria, i los hijos de Luisa desgajaron ramas que arrojaron sobre aquella tumba solitaria i humilde. Lorenzo cabó un hoyo hácia la cabecera para colocar una tosca cruz de madera que habia labrado desde que previó aquel lamentable suceso, i ayudado por su mujer, sus niños i el infeliz huérfano, la puso en el sitio designado. Pedro permaneció largo rato apoyado sobre el brazo de la cruz, exalando tristes supiros i dejando

correr su llanto sobre aquella tierra que robaba a sus ojos el objeto mas amado de su corazon. Sus ahogados sollozos hacian conocer que su alma estaba traspasada de uno de aquellos dolores que aniquilarian la existencia si Dios no sostuviera a sus criaturas, para que, conociendo su extrema miseria i la inmensa suma de dolores que encierra la vida, se acuerden de que tienen un padre i una patria en el cielo.

El sol se habia puesto cuando Pedro regresó a la habitacion. ¡ Cuán triste i solitaria le pareció! Recordaba con amargura las escenas de aquel día en que su padre habia visto por la vez postrera la luz del sol, i no comprendia cómo habia podido sobrevivir a tan acerbos pesares. Aquella pompa fúnebre del desierto no se borraba de su mente; una inocente familia de esclavos prófugos habia llorado i orado sobre las frias cenizas del defensor de la libertad. Un anciano negro habia servido de sacerdote en este entierro cristiano i salvaje a la vez, i él, el hijo primojénito, la esperanza de una noble familia, habia ayudado a colocar la cruz, símbolo de la divina misericordia, sobre esa tumba solitaria hasta la cual no penetrará tal vez en muchos siglos la sociedad civilizada. El huérfano de un patriota ilustre, rico, amado de sus conciudadanos, se encontraba pobre, enfermo, solo i desgarrado su corazon por el dolor en medio de las majestuosas selvas de los Andaquies, en donde, sin embargo, habia hallado la hospitalidad de los hermanos, la caridad cristiana i las dulces simpatías que unen a todos los cautivos que desean romper sus cadenas, a todos los infelices que quieren comunicarse sus dolores. ¡ Qué manantial tan fecundo en tristes reflexiones! Pedro pasó la noche meditando sobre estas vicisitudes estrañas de su fortuna, llorando i rezando por el descanso eterno de aquel a quien habia ayudado a llevar su cruz de dolores durante un año entero i a quien no volveria a ver ya sobre la tierra. Al amanecer del siguiente día visitó por la última vez la tumba solitaria de su padre i al separarse de aquel lugar sagrado besó la cruz diciendo: — “ ¡ Cúbrelo con tus alas, madre de salvacion! ” Despues recompensó con prodigalidad a toda la familia, estrechó eu sus brazos a los niños, se despidió con lágrimas de la buena i hospitalaria Luisa i, guiado por Lorenzo, se alejó a paso lento de aquellas montañas jigantescas en donde quedaba sepultado todo el porvenir de una familia que habia sido dichosa porque tenia un buen padre. Al tercer día avistaron el pueblo, i allí el

negro se despidió con verdadero pesar del triste huérfano, prometiéndole orar siempre con su familia sobre el sepulcro de Acevedo.

Algunos días despues Pedro se halló en la cárcel de la ciudad de Neiva oprimido con el peso de unos enormes grillos, devorado por la fiebre i agoviado por el pesar. El bárbaro esbirro de Fernando VII no supo tener piedad del tierno adolescente que acababa de llenar con tan sublime heroísmo todos los deberes del amor filial.

Pero, Dios protejió un dia a la gran COLOMBIA, sus opresores huyeron para siempre de su suelo, i en aquella época de prosperidad i gloria para la patria, fué Pedro * el ídolo, el consuelo i el mas bello ornato de su familia.

FIN DEL CUADRO OCTAVO.

NOTA—Los sucesos aquí referidos son exactamente históricos i tomados de las relaciones repetidas por Pedro a su familia i de las minuciosas noticias recojidas en los mismos lugares, por nuestro amigo el estimable coronel Anselmo Pineda cuando fué Prefecto del Caquetá. Él visitó a Luisa Cuéllar que aún existia, i recojió de ella misma los detalles sobre los últimos momentos de Acevedo. Hemos sentido particularmente haber olvidado el nombre del respetable i virtuoso cura de Suasa.

Coronel
* El ~~General~~ Pedro Acevedo Tejada.